

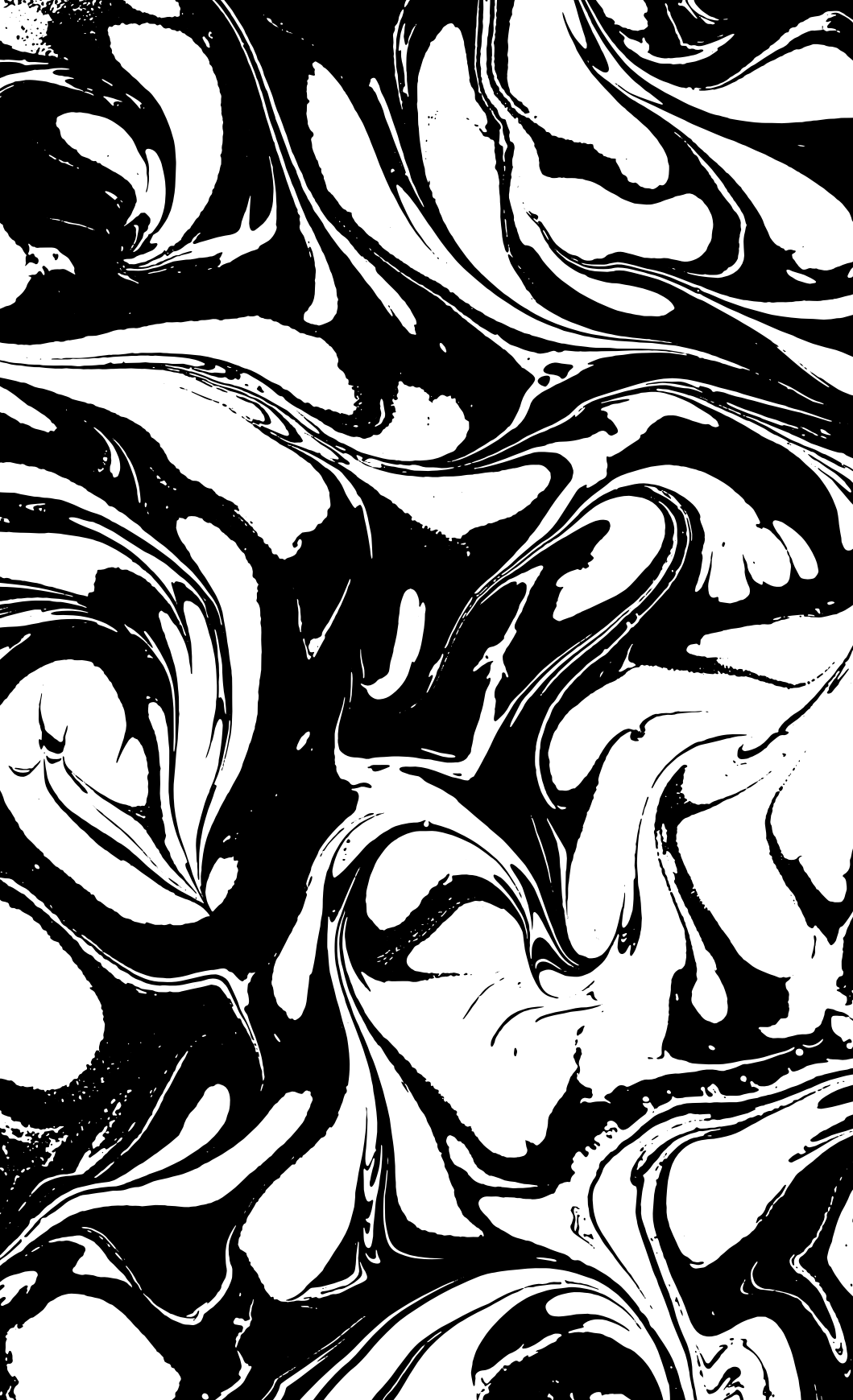


MITÍA, LA MUERTE Y LA MÁQUINA

LIZANDRO PENAGOS



SELLO
EDITORIAL
UAO



MI TÍA, LA MUERTE Y LA MÁQUINA

LIZANDRO PENAGOS

uao

Universidad
Autónoma de
Occidente

Universidad Autónoma de Occidente

2025

Penagos Cortez, Lizandro, autor.

Mi tía, la muerte y la máquina / Lizandro Penagos Cortez. — Cali: Universidad Autónoma de Occidente, 2025.

128 páginas ; 14 x 23 cm.

ISBN PDF: 978-958-619-225-5 — ISBN impreso: 978-958-619-233-0

1. Narración de cuentos. 2. Ficción urbana. 3. Crónica. I. Título.

Mi tía, la muerte y la máquina

© Autor

Lizandro Penagos

ISBN PDF: 978-958-619-225-5

ISBN impreso: 978-958-619-233-0

© **Universidad Autónoma de Occidente**

Km. 2 vía Cali-Jamundí, A.A. 2790
Cali, Valle del Cauca, Colombia.

La imagen de portada fue intervenida con Inteligencia Artificial, usando el modelo *Midjourney V7*, bajo el criterio y dirección del equipo de diseño gráfico del sello editorial.

El contenido de esta publicación no compromete el pensamiento de la Institución, es responsabilidad absoluta de sus autores. Tampoco puede ser reproducido por ningún medio impreso o digital sin permiso expreso de los dueños del Copyright.

Personería jurídica, Res. No. 0618, de la Gobernación del Valle del Cauca, del 20 de febrero de 1970. Universidad Autónoma de Occidente, Res. No. 2766, del Ministerio de Educación Nacional, del 13 de noviembre de 2003. Acreditación Institucional de Alta Calidad, Res. 23002 del 30 de noviembre de 2021, con vigencia hasta el 2025. Acreditación Internacional de Alta Calidad, acuerdo No. 85 del 26 de enero de 2022 del Cinda. Vigilada MinEducación.

Gestión Editorial

**Vicerrectoría de Investigaciones,
Innovación y Emprendimiento**

**Vicerrector de Investigaciones,
Innovación y Emprendimiento**
Jesús David Cardona Quiroz

**Jefe Unidad de Visibilización
y Divulgación de la Ciencia, la
Tecnología y la Innovación**
Editor

José Julián Serrano Quimbaya
jjserrano@uao.edu.co

Coordinadora editorial
Angélica María Bohórquez Borda
ambohorquez@uao.edu.co

Diseño editorial
Kevin Nieto Vallejo
kevinnieto.93@gmail.com

2025

Í N D I C E

9	Pulga ring: historia de una disputa
17	Hilda y Olegario
25	El sepelio de un payaso
33	Esperanza a tres bandas
43	Cuando toca, toca
51	¡Qué mierdero!
57	Bukowski reca-r-gado
67	El poder de las palabras
75	Debut y retirada de El Pelusa
81	Los pecados de la negra
89	Entre la hierba y la yerba
95	Mi tía, la muerte y la máquina
103	Los muertos enseñan
109	El monstruo por dentro
119	Lola: amores y dolores

PULGA RING : HISTORIA DE UNA DISPUTA

Lástima la ausencia de la tilde en el pronombre, porque era una frase casi perfecta y la leí con el rabillo del ojo en el celular de la dama con el vértice más goloso que haya conocido: “La vida es bella, la fea eres tu”. Ya tenía mis sospechas de que no andaba en buenos pasos con la ortografía y con la fidelidad. Yo soy prosa y a veces incluso me atrevo a cometer algunas líneas de poesía, pero justo esa noche sobre la tilde estaba el insecto. Con sus patas tonificadas como resortes monumentales –producto de la proteína más elástica del reino animal: la resilina–, saltó en el momento en el que mi descubrimiento mancillaba el honor de macho cabrío. O cabrón, da igual. Ella gritó con su jeta de rinoceronte hambriento extendida como caneca de la basura en he-

ladería de tercera. No era la primera vez que un bichito de estos se interponía en una relación donde su perro era uno de los problemas. ¡Guau!

Los otros inconvenientes del amancebamiento eran –si se quiere–, minúsculos e intrascendentes: se mostraba feliz, armónica, carismática, locuaz y con una detestable pero inocua pulsión a reciclar frases de crecimiento personal que no aplicaba jamás. Era en realidad desgraciada y sinvergüenza. Lo pendenciera vino luego, cuando se sintió descubierta. También lo ofensiva, esa espada que esgrimen los incapaces. Además, sifonáptera y hematófaga. Coqueta y muy vulgar. No tenía alas, pero juraba que volaba con los motores apagados. Sí, es cierto, montaba bicicleta y todos sabemos que sobre ese aparato uno es al tiempo motor y conductor. Y cree que vuela. Brincona sí. Mucho. Saltaba de cama en cama. Y chupaba rueda casi como el invertebrado nos chupaba la sangre. Sobre las sábanas impregnadas de olor a perro amanecieron varias veces los vestigios de nuestro factor RH.

Disculparán ustedes que sea tan detallista, pero se creía con derecho a exprimir a los hombres en el sentido más amplio y procaz del término. Incluía todos sus fluidos. Todos. Sangre, sudor, lágrimas, y claro, la sagrada secreción impregnada del penetrante olor amoniacal. No era atractiva, pero cautivaba. Actuaba como la mujer imán, que atrae, pero es incapaz de retener. Porque a veces no

quiere –y eso es respetable claro–, pero también porque la mayoría de las veces no puede –y eso es lamentable–. Los espacios en el corazón son limitados y las picaduras en el cuerpo insoportables. Era como volver a los tiempos del ‘sieteluchas’, la escabiosis de los abuelos. Y se cansan los ojos de ver tanta desfachatez y los oídos de tanto oír las mismas peroratas sin acciones concretas para avanzar en la vida y el corazón de tanto comprobar que en estos tiempos raros se necesita hacerse el imbécil para ser feliz, asumir un estado de inconsciencia y de silencio para evitar molestar a quien no puede mejorar porque pierde su esencia. El aroma del insecticida y el desvelo nocturno de la comezón, fueron de a poco acabando con el amor.

Hay imanes diferentes y cada quien atrae con fuerzas magnéticas propias. Consideremos –por caso–, que al igual que los personajes del *jet set* o los grandes artistas de la farándula, uno puede saltar de cama en cama como una pulga arrecha sin afectar la imagen en su entorno y contexto. Es sin duda una expectativa irreal para las mayorías y una situación idealizada por hombres y mujeres que buscan legitimar su vida perra, mejor dicho, su promiscuidad. Ese realismo sucio, el estilo soez de su lenguaje y el exhibicionismo permanente de sus laceraciones –afectivas y físicas– ratificaban que es posible amar a otra persona si no la conoces demasiado. El azote de las malditas sabandijas entre sus sábanas estaba matándola.

Y era comprensible. Tasaba su valor social en el cuerpo y en la sexualidad, que confundía con sensualidad; y se liaba creyendo que la frecuencia en el sexo era intensidad, por lo que su estatura ética y moral quedaban reducidas a prácticamente nada. Aunque no lo reconociera, su virulento rencor hacia los hombres era más fuerte que los zarpazos de las pequeñas alimañas herederas del vampirismo que la estaban consumiendo.

Para el promedio era grande, pero no grandiosa. Se creía buen polvo, pero era apenas otro más de los insecticidas baratos y ordinarios del mercado popular. La cuestión era que a la pobreza espiritual había que sumarle ahora una piel lacerada por un ejército de piquetes que convertían una caricia en algo parecido a un accidente con el rallador de la cocina. Pasar la mano por su espalda era como sobar el pellejo de una gallina vieja y maltrecha. El órgano más erótico y extenso del cuerpo humano, era en ella un cuero lleno de sarpullido apenas comparado con mi escabrosa geografía llena de pequeños montículos, como el lomo de un viejo cocodrilo del Nilo o el de un toro lleno de nuches. Bueno, ni ella era Venus ni yo Cupido, pero nos entreteníamos como primates en celo viendo cómo una pulga acabó con algo que nunca fue en realidad. Su desamparo, mi desconcierto, la soledad y la exasperación de los dos. Todo el ambiente de la habitación era sórdido y muy lóbrego.

Le propuse que leyéramos *La metamorfosis* de Kafka. Nos habíamos convertido en algo horrible. Me dijo: ¡en chinchas! y yo le espeté: ¡tu cucaracha! Era una sonsa. Gregorio Samsa jamás mencionó insecto alguno. No era mi culpa que ella no supiera leer. La vida y las relaciones, debo aclarar. De hecho, cuando se atrevió a leerme yo ya estaba en otro libro. Porque, querido amigo, no se trata sólo de pasar la página, si es preciso debe arrancarse y de cepa. Las heridas de su inconsciente –peores que las provocadas por la pulga– y las ausencias y vacíos afectivos, los llenaba con cualquier cosa, vicio o ejercicio, y eso me incluía a mí, por supuesto. Una y otra vez habíamos fracasado en las relaciones y nada nuevo se avecinaba. Ahora bien, alejarse del abismo nunca será un fracaso, pero no intentar construir un puente es de una insensatez suprema. Mientras su apatía por aprender y mejorar revelaba su falta de interés en la lectura y en la vida, sus uñas habían descamado su pecho vacío y vaciado; y también mi espalda, en un vano intento por volver a sentir pasión.

Con sus téticas escurridas –como de perra callejera, flaca y famélica–, rendía sin saberlo homenaje a Gabo, al poeta de esta casa loca y desordenada. Recitaba que su desbordada ansiedad por el sexo, su ninfomanía desaforada, era producto de la soledad. A sus cincuenta años, era abandonada una y otra vez, con los más rebuscados y justificables argumentos. No habría otros cincuenta, pero

eso no la atormentaba. Todos los hombres sin excepción la dejaban por lo mismo: por la pulga pendenciera que saltaba y chupaba sangre a discreción. Para poder ser, para poder seguir siendo, para que no decayera su autoestima fundamentada en el número de individuos que metía en su cama, se mentía y creía en las mentiras de sus amantes, casi todos furtivos. Creía que los acababa de criar, pero solo era la vieja estrategia de la aflicción que expresa algo de amor –o que se le parezca– para lograr sexo. De ahí que sus pezones fueran un par de botones que más nunca se convertirían en flor, unos embriones muertos, con algo de raíz, pero nada de tallo. Un manantial reseco y sin esperanza. Y menos ahora, que las ronchas habían convertido los lobulillos de sus areolas en pedúnculos donde la leche había dejado de fluir hacía años y emergían gotas escarlata producto del escozor y la rasquiña.

Supimos después que el único lugar del cuerpo que la pulga no se atrevía a visitar y atacar, eran las axilas. Y era lógico. La moda de rasurar esta estructura piramidal la ennegrecía y la hacía muy desagradable. Ese olorcillo a cebolla cruda y podrida debía fungir como repelente infalible. Con el tiempo pude aceptar que lo único valioso que me dejó la relación con esa mujer fue un desodorante que no mancha las camisas. Nada más. Siempre me la olí. Esa vaina no iba a funcionar. Las implicaciones de la promiscuidad no son algo que se pueda despachar como

quien se quita unos calzones percutidos para cambiarlos por unos recién comprados que pierde en la primera cita. Uno puede ser algo payaso y sonreír para no llorar. Pero la truculencia de la desfachatez, inexorablemente comienza a imponer distancia. En el amor hay que ser exigente hasta el odio tal vez. Las palabras son importantes y ella tenía sucia la boca. Y su espíritu, convertido en un repugnante muladar. De su cuerpo, quedaba una exhalación. Era una irritación total.

El que esté libre de pecado que tire... y bastante, porque el canon de la fidelidad es de una rigidez y de una estupidez que llegan a ser ridículas para todos, por exceso o por defecto. Aura Bibiana Pulgarín era –como si todo lo anterior fuera poco– infómana y datasexual, obsesionada con la información que proyectara de ella una imagen propia, ideal y perfecta, que siempre estuvo lejos de su realidad interna y vital. El hombre que le había escrito tú sin la tilde y la había tildado de fea, era amante de una perra y la traicionó. Sí, de una Border Collie. Le gustaban pelilargos y ella tenía unas mechitas al ras como de peluqueada a machetazos. Una relación pasada no le había funcionado al hombre aquel. Fue con una Cocker Spaniel, rubia e interesada, que terminó enredada con un Buldog rico y obeso. Fue él quien le dejó la plaga. Fue él quien, descubierto, condenado y expuesto, en su aberrante zoofilia, la dejó llena de pulgas y de malas pulgas. Envilecida y hostil.

H I L D A Y O L E G A R I O

Esa noche se acostaron rendidos. Así como termina la abrumadora mayoría su rutina de ganarse la vida en este mundo perdido. La gente que debe conseguir cada día su sustento no se acuesta, se desmaya en su lecho cada noche para madrugar a repetir el ciclo de subsistir. La cena fue generosa. Hubo mucho trabajo. Desde que llegaron juntos a cuidar la finca, que los hizo aún más inseparables, adecuaron un espacio al costado como gallera. Un redondel con polisombra, una malla de polietileno. Algo muy elemental. En Tolima –como en toda Latinoamérica–, los desafíos de gallos son una expresión cultural en la que el pueblo es representado por dos gladiadores emplumados que riñen en un ruedo, a veces hasta la muerte, solo para sobrevivir y con ello

darle a ganar unos pesos a quienes les apuestan. Esa noche atendieron un evento para unos ingenieros que trabajan en la zona. Las peleas de poca monta en las que un par de pollos morían en su ley, peleando, se habían acabado por la pandemia, la prohibición y la saña de quienes ejercen la autoridad sobre los más débiles.

La pasión de Olegario era reflejo del arraigo germánico de su nombre: todo o nada. Siempre preparado para la lucha. Hilda, también del mismo origen, significa lucha o combate. Eran el uno para el otro. Dos luchadores incansables, pero a veces la muerte se disfraza de cansancio. En San Juan, así se llama la finca, desde que se estableció el confinamiento se cerró el charco del mismo nombre que es el balneario natural de los habitantes de San Antonio Abad, un pueblo donde a pesar de ello las personas no han abandonado sus prácticas culturales. No se puede decretar el olvido ni el zafarse de los arraigos. No importa si es el trago, la música popular, las peleas de gallos o la devoción por su santa patrona: la Virgen de Nuestra Señora de los Dolores. Sin percibir recursos por la entrada de bañistas, los encuentros gallísticos se convirtieron en su mayor apuesta y también la perdieron. Esa noche se unieron al agasajo que atendían, se tomaron un par de cervezas y hasta se atrevieron a bailar alguna de esas canciones que son más para escuchar.

Hace veinte días había muerto Reinaldo Herrera, el dueño de este paraíso. Un represamiento de aguas cristalinas que nace más abajo de un pedrisquero donde cuesta creer que pueda gestarse la vida (aunque en varias de sus moyas los amantes furtivos se hayan entregado a las húmedas pasiones. La vida toda es un resumen de gotas). Una peña a la que le extraen balastro y que es fuente de la vida, pues de allí emanar las aguas para todas las fincas de la zona. A lo largo de la quebrada las mangueras son un torrente paralelo. Es un agua pura. Dulce. Suave. Delgada. Pocas cosas hay más hermosas en la naturaleza que un charco con sus aguas diáfanas y tranquilas, cuando todavía los chapuzones no las alborotan. Son los espejos de Dios. De todo el santoral de juanes, San Juan emerge de las aguas. Es el Bautista y quien le puso el nombre a esta finca no pudo haberla definida mejor.

Esa noche tampoco hubo energía. Llevaban dos días así. No es extraño y más bien es rutina. En el pueblo o en las veredas, la linterna e incluso las velas, hacen parte obligada de la remesa. Los más afortunados cuentan con una planta eléctrica o paneles solares. Pero nadie se levanta en la noche sin algún arma en la mano para combatir la penumbra. Nadie quiere perder su luz por el aguijón de un alacrán o la mordedura de una serpiente. Hilda García y Olegario Méndez prendieron el aparato que les facilitaba la vida. Y el que se las arrebató. Una moderna, pequeña y

silenciosa planta eléctrica que los llevó al sueño eterno. La idea era ver televisión un rato. La casa es muy sencilla. Tres cuartos y una sola ventana. La ventilación corre a través de tres puertas sin puerta que las conecte. Olegario se puso el pijama y se acostó en su lado. Esa extraña costumbre de las parejas cuya explicación tampoco tiene puertas. Cayó fundido. Hilda, como todas las mujeres, terminó algunos quehaceres y se incorporó en la cama. La resistencia de las mujeres es tan grande como esa vocación de cuidar niños eternos. Hombres vulnerables y en muchos aspectos atentos a la fortaleza femenina.

Pocas tragedias pueden encerrar ternura. Es probable que hayan quedado cosas sin decirse entre ellos. Siempre pasa. Pero no los separó la muerte. Cuando el amor es ya inexpresable, se vuelve sublime. La última soledad es la muerte. Como la del amante sin el ser amado. Como la de sus hijos sin sus padres. Cuatro hijos –tres varones y una mujer– son ahora las ventanas de un amor que trascendió la vida. Un nieto descubrió los cadáveres al día siguiente. Toda la gasolina se consumió silente. Como ellos. Sin ruido, pero sin pausa. No percibieron el humo, pero el monóxido de carbono los durmió para siempre. Se llegó a pensar en un asesinato. Pero sus cadáveres estaban im-polutos. En la misma posición tranquila de quienes han llegado a esa etapa de la vida, donde más que pasión, el amor es compañía.

Se fueron tranquilos. Sin angustias. Acompañados. Unidos. Cada uno en su lado, que no es otro que al lado del ser amado. Ellos mismos cerraron la puerta y la ventana para emprender ese viaje con el sueño, el hermano de la muerte que se los entregó vencidos por el cansancio. No fue un suicidio. Fue un descuido terrible. Cada cuarenta segundos alguien se suicida en el mundo. Y algunos lo hacen encerrándose en un garaje con el motor de un vehículo encendido. Todo sepelio es triste, pero hace mucho no había en el pueblo un funeral donde se percibiera tanto dolor. Tanta desdicha unida. Tanta desventura en pareja. Tanta irónica adversidad. Y tanta ternura, tanta representación simbólica de lo que en realidad es la vida y el amor de pareja. Lejos de facilitar el olvido, las circunstancias de la muerte de Hilda y Olegario, como las desdichas, las desilusiones y las decepciones, reforzarán en el colectivo esa idea de que a veces se sufre más por menos.

Bien vale evocar a Fernando Pessoa que, en una reflexión frente a la angustia de la soledad, acaso el abandono o el amor trágico, escribió: “Seré siempre el que esperó a que le abrieran la puerta, junto a un muro sin puerta”. Pues bien, a Hilda y a Olegario debieron descubrirlos por una ventana y tumbarles la puerta para que se desatara una compasión de la que ellos nunca serán testigos. Las viejas heridas se fueron con ellos y con la tierra a la que volvieron y lo cubre todo. Su lección es abrumadora. Un descuido

les apagó la luz y es probable que su tragedia encienda la de quienes estén pensando en apagarla. Ya no serán más lágrimas, sed, sudor, frío, confusión, cansancio o miedo. Sólo un recuerdo. La evocación de una pareja cansada que se quedó dormida para siempre. Tal vez, un gran amor.

EL SEPELIO DE UN PAYASO

Y ahora estoy entre los demás payasos, los payasos de verdad, y yo que solo estoy vestido de payaso, me confundo entre ellos y nadie podría decir cuál de nosotros es el menos verdadero.

FRAGMENTO DEL CUENTO HOY DECIDÍ VESTIRME
DE PAYASO. ÁLVARO CEPEDA SAMUDIO

Todos los entierros son tristes, pero los de los payasos son tan tristes, que se pintan de tenebrosos. Son más tristes que los de los niños porque, aunque la pérdida de un hijo no tiene nombre, la partida de un payaso es el entierro de la risa y la sepultura de la alegría. Tienen sus propios temas, esas canciones populares que se entonan en los cementerios para que

las escuchen los vivos, muertos de tristeza; y los muertos, vivos en el recuerdo: *Payaso*, de Javier Solís, con su cargada macabra; o *Payaso*, de José José, que conocimos en la versión salsera de Andy Montañez; *Mi amigo el payaso*, de Willie Rosario en la voz de Tony Vega; *La cara del payaso*, de Nelson y sus estrellas; *Cara de payaso*, de Tito Rodríguez; y tantos otros que recurren a la vieja metáfora de la máscara que cubre la realidad y lo que pasa cuando acaba la función. En el entierro de Giovanni Arcos Serrano, sonaron casi todos.

“Uno no es lo que quiere, sino lo que puede ser”, canta José José. Y Giovanni fue payaso. Y de los buenos, reconocido entre el gremio por una facilidad para la buena improvisación con el más difícil de los públicos: los niños, a quienes también visitaba en los hospitales. Nunca fue otra cosa, aunque no se disfrazara. ‘Pikiña’ –ese era su nombre artístico–, se lanzó hace una semana desde el octavo piso del Edificio Vida, agobiado por las deudas y el ‘gota a gota’, esa modalidad de préstamo que ahoga, que mata. El edificio de los colores, desde el que se arrojó quien se pintaba la cara con todos ellos, fue testigo de la terrible decisión de un hombre que el 29 de junio había cumplido 29 años. Como para aliviar la verdad y devolver algo de la fantasía que tanto entregó, sus colegas lo despidieron vestidos con sus trajes de payaso. La imagen fue sobreco-

gedora: una seriedad colorida, un dolor pintoresco y una tristeza de narices rojas.

Su rapidez mental para sacarle chiste a todo era asombrosa. En eso coinciden Nelly, Sergio, Johana, Sandra, Fredy, Rubén. Todos. Todos los amigos de la cuadra. No parecía infeliz. No era un hombre infeliz. Era un hombre agobiado. Presionado. Oprimido. Era un buen esposo y un hermano sinigual, movido por la responsabilidad. Un ser que no pudo soportar esa tétrica progresión de recurrir a prestar para pagar, que acaba por engullírselo todo, como una serpiente letal, sórdida y codiciosa. Empujado a la fatalidad, por la avaricia de quienes viven de la necesidad extrema de los acorralados por la escasez, por la insolven-
cia económica o por la presión desmedida de la sociedad de consumo. Era un hombre alegre al que le gustaba más el fútbol que la cerveza Póker. Más la risa que la tristeza, pero se deslizó por ese camino del no retorno que toman los que nadie ha podido calificar con exactitud en la proporción, qué tanto tienen de valientes o qué tanto de cobardes. No deben ser cosas de la razón, sino más bien de la compleja condición humana que juega con todo.

Por eso, desde que Giovanni murió, me revolotea en la cabeza la idea de cómo nuestra sociedad desprestigia el concepto y el trabajo de payaso. Cómo su sabiduría, quizás más práctica y elemental, poco mística o profunda, para llegar a los niños, sigue siendo tan sencilla como eficaz.

Cómo pueden llenar de alegría la vida de los pequeños a los que —a pesar de toda la refulgencia de la parafernalia tecnológica—, todavía no se les apaga la chispa desde donde emana la luz de la alegría. Allá los ‘chuckys’ y los ‘guasones’ tenebrosos, pero los payasos de las fiestas infantiles, juegan con las palabras e invocan ese mundo sin prejuicios de los pequeños. Por eso jamás volveré a decirle payaso a alguien que no lo sea, aunque tenga su nariz redonda, aunque su seriedad provoque risa, aunque rasque la guitarra y juegue cabecitas con el balón, aunque pose de títere o malabarista, aunque no sepa de qué le hablan, viejo.

Porque tal vez en ninguna otra nación latinoamericana le hayan dicho payaso, tantas veces, a quien funge como gobernante, más que en Colombia. Bueno, le han dicho de todo, aunque él no se entere de nada. O se haga el que no sabe. O el que no entiende. O el que no es con él, porque claro, no es con él. Es con el otro y con los señores todopoderosos. Él se contrapone a la figura de competente, de hombre probo en los juicios de la sensatez; mientras se encumbra como amo de los ignorantes. Él juega con las verdades que le dictan, con las que se dice a sí mismo y a quienes difícilmente se mueven de la mano de la razón. Es un gran improvisador y un tremendo actor de este circo.

Nadie sabe qué pasará mañana o pasado. Hoy es el futuro que esperábamos ayer y nada más. Pero bien podríamos atrevernó a alguna especulación relejendo *La*

parábola del payaso, de Søren Kierkegaard. El precursor del existencialismo, que no era del todo un existencialista, sino más bien un escéptico que no creía en absolutos. Y nos dejó dicho que una de las grandes paradojas del ser humano es la angustia que provoca la libertad. Una existencia absurda cuyas reglas de juego no conocemos y por tanto no podemos predecir. La historia de un gran payaso que era la estrella del circo, porque nunca el público sabía con qué iba a salir, fue el encargado de dar una noticia que nadie le creyó y los llevó a todos al acabose. Es la metáfora de la desgracia humana y podría ser la de este atribulado país.

Resumo: Ocurrió una vez que empezó un incendio entre bastidores en un circo que actuaba en un pueblo. El circo estaba a reventar, lleno total. El mejor payaso fue designado para salir al escenario a informar al público. ¡Fuego! ¡Todos fuera, deprisa, que se quema todo esto! Creyeron que era un chiste y aplaudieron. Repitió el aviso y aplaudieron. Insistió alarmado, y aplaudieron más fuerte, aún más jubilosos, muertos de risa. El circo quedó hecho cenizas. Gran desastre. Sentencia del gran filósofo danés: “El mundo se acabará en medio de los aplausos de todos los graciosos que se creerán que es una broma”.

Es preciso creerles a los buenos payasos. Y quitarse el traje cuando sea necesario, para que la forma no traicione el fondo. Y si los que se disfrazan de estadistas, con saco y corbata, no se lo quitan, pues es preciso que todos nos

quitemos las capuchas de la indiferencia y salgamos a marchar para que algún día se vayan los payasos malos. Que no nos pinten más la cara, para que nadie más en Colombia deba morir, como Giovanni Arcos, atormentado por la necesidad, mientras los dueños del circo se hacen más poderosos. No es un asunto de opulencia o miseria, una simple pelea entre ricos y pobres, sino una cuestión de dignidad.

ESPERANZA A TRES BANDAS

*“En el juego de la vida / Nada te vale la suerte / Porque
al fin de la partida / Gana el albur de la muerte”.*

MUNDITO MEDINA (CANTA DANIEL SANTOS)

Hay cosas que la modernidad no ha podido derrotar y una de esas es el billar. No importa si es en algún recóndito lugar perdido entre la maraña selvática o rociado por una tormenta de arena o de nieve, en algún suburbio profundo de la capital del mundo o en alguna ciudad de provincia y pacotilla en cualquiera de los tres mundos, o en alguna mansión anónima de un nuevo rico tropical o de un millonario reconocido en Wall Street. Una mesa de billar es a veces el único escenario donde rueda la vida impulsada nada

más que por los golpes y una banda sonora. Donde se analiza y se entiza. Donde se apunta y se golpea. Donde se acierta o se desconcierta. Donde –sobre todo los hombres, pero también las mujeres y otras yerbas– se entretienen y divierten. O donde se pierde o se gana. A veces la vida. ¡Y no es una exageración! Ahí estaba ella, con el taco en la mano y la mirada fija sobre mis bolas.

Baste con releer a Manuel Mejía Vallejo y su *Aire de tango* (1973), *Las muertes ajenas* (1979), *Tarde de verano* (1980) y *El mundo sigue andando* (1984). La tradición oral llevada a la escritura y a esa especie de costumbrismo modernizado, al que no le es ajeno el billar que no ha cambiado en siglos, aunque cada quien crea reinventarlo continuamente. Nunca es posible el empate en este juego y siempre, siempre, absolutamente siempre, se refleja en la mesa la condición humana. (Ella me iba ganando, pero yo solo quería verla hincada). La calma o la inseguridad, la tranquilidad o la codicia, la personalidad o la avaricia, la seriedad o la desfachatez, la palabra o la cobardía, el conocimiento o el azar, la realidad o la fantasía. Y donde una carambola libre o a tres bandas –por sencilla que sea–, es el resultado de combinar lo adverso y en apariencia imposible para lograr la victoria y el asombro de quien ignora el juego. No releo, pero evoco con nostalgia *El día señalado* (1964) de Vallejo y esa cruz cansada de tener los brazos abiertos.

Hizo una serie de 69 carambolas y sentí el llamado de la pasión. Una señal del destino. ¡Una epifanía! El billar es como la vida, pensé: mirada serena, para analizar el contexto y diseñar la jugada; entreno constante, para afinar el pulso; precisión imperiosa, para reducir el error porque la perfección es imposible; cálculo absoluto, para no depender del azar; talento trabajado, para forjar el carácter y la humildad; física plena, para propinar la fuerza necesaria; una pizca de suerte que nunca sobra; y ese acierto satisfactorio para agacharse y continuar jugando. Y ojalá, vencer. Me sentía ganador, aunque ella me llevara un rosario de ventaja. Esa también es la vida, no quedarse en el logro, trascenderlo, porque ella continúa, porque los triunfos son historia, porque un palmarés es solo estadística y cifras que deben revalidarse cada día. O sino, simple pasado, todo día lo será, pero contra eso se lucha. En el billar hay física, geometría, matemática y hasta filosofía, pero quien sabe jugarlo puede no saberlas y aplicarlas. Ocurre lo mismo con la vida: no siempre vive mejor el que más sabe, sino el que mejor juega. El billar envuelve con el asombro, con la invocación de lo posible por difícil que sea, con las infinitas posibilidades de acierto y falla, esa maravillosa revelación del acertijo de los movimientos en el limitado rectángulo verde. Estaba jugándome un triángulo en un rectángulo.

Jugaron Fernando VII y Francisco de Paula Santander. También Laureano Gómez y hasta Brigitte Bardot. Al primero, todos los súbditos lameculos lo dejaban ganar para congraciarse con el monarca, cuya habilidad no radicaba precisamente en la fállica pericia de hacer fantasías con el taco y con las bolas; y el segundo –que fue el primer colombiano en tener mesa de billar propia en casa–, pasó a la historia como ‘El hombre de las leyes’ cuando en realidad era un rufián que hacía negocios a tres bandas con ellas (con las leyes) para engordar su pecunio. Hacía una, cantaba dos y corría tres. (Si no entendió, usted jamás ha jugado billar. Ella sonrió coqueta. ¡Cómo sabía!). Como el préstamo para la mal llamada “Campana Libertadora” (lucha por el poder liderada por los criollos considerados con “mancha de tierra” por los españoles ‘de bien’) que le supuso grandes ganancias. O Hato Grande, la hacienda que le expropió Bolívar (robó es el término adecuado) al sacerdote español Pedro Martínez en nombre de la “Independencia”, se la ‘adjudicó’ a Santander “en pago de sus favores a la libertad” y que hoy funge como la casa de campo para los presidentes de la República. ¡Eso explica tantas cosas! En fin, solo espero dispense usted, abnegado lector, tantas comillas dobles y simples para explicar tanto agravio. Del “monstruo” Laureano Gómez sería mejor no hablar, pero diseñó el Frente Nacional carambola a caram-

bola. Y B.B., el mito erótico de los sesenta, sin duda supo de bolas. Todas saben, la diferencia es el pulso.

Pero volvamos a agacharnos y a jugar. He acortado la distancia y alargado mis intereses con esta tahúr de mis avideces. El billar por extensión es el lugar donde se juega y como tal tiene su propio argot, ese lenguaje único que solo se aprende allí y funciona como un código específico que se descifra en medio de la barahúnda de música, tintineo de botellas y copas, algunos tintos, cigarrillos, mucho humo y una que otra ‘putalacha’, esas chicas descomplicadas del bajo insecto aquel. Bueno, de ahí que la sociedad haya visto al billar como un espacio de vagancia y perdición, de vulgaridad y malevaje, cuando en realidad es una escuela de la vida, ese difícil arte en el que todos somos aprendices. Si el contrincante juega mucho: juega más que niño chiquito amasando mierda. Si se rebusca las carambolas por difíciles que sean: más peligroso que una pelea en un billar. Si a pesar de haber hecho todo lo posible la carambola no se hace: se fue por puta porque no le hacía falta nada. Si es bueno para el golpe de corrido: yo corro, pero ‘n-un-cacorro’ como vos. Si es bueno para el retroceso: jala más que pelo e’ cuca. Una carambola producto de la suerte: un ‘chimbazo’ o un ‘arepazo’. Si la bola tacadora toca sutilmente la primera bola y es carambola: más fino que calzoncillos de marica. Si la mujer que atiende tiene piernas bonitas: tiene más patas que una mesa

de billar. Dichos burdos y machistas –todos o casi todos–, pero quién dijo que la cultura popular deja de copular metáforas para entregarnos lo que luego se estiliza. Por ejemplo: “El matrimonio es como las bolas de billar, todo el día chocan y luego duermen tranquilas”. Yo no quería dormir con ella, sería un despropósito.

No importa si son las dieciséis del billar pool –la blanca tacadora y las quince con un color y número definidos– o las tres del billar, una roja y dos blancas. Una de las blancas tiene un punto. Las primeras bolas fueron de marfil y debieron rodar muchas lágrimas de elefante y miles de paquidérmicos morir para que ellas rodaran y corrieran los billaristas a limpiarlas como si no hubieran significado tanta sangre. Ahora son de una resina de poliéster que el británico Bill Yar no debió ni siquiera imaginarse, como tampoco Henry Devigne, el artesano de la corte de Luis XV, que elevó el juego del suelo. Se puede caminar kilómetros en una noche de billar. El cálculo habla de un kilómetro y medio por cada partida de cincuenta carambolas, que es la extensión del “chorizo” donde se marcan los puntos y las chiripas. Y agacharse tantas veces como tacadas se hagan en un “chico”. Y a pesar de todo eso, no es deporte Olímpico, aunque sí mundial. Los antiguos egipcios terminaban con el culo y las rodillas lastimadas porque lo jugaban en el suelo. Ya en los salones

de las cortes francesas se estilizó y se hizo acompañar de otras prácticas más mundanas y menos santas.

El billar requiere la concentración del ajedrez, la elegancia del golf, la plasticidad de la danza, la fuerza de los bolos, la sensibilidad de la esgrima, la astucia de los delincuentes y la frialdad de los criminales. Ella requería de toda mi atención. Por eso lo jugaron Luis XI, Napoleón, el cardenal Richelieu, Abraham Lincoln y George Washington; y lo pintaron Vincent van Gogh, Paul Gauguin y Toulouse-Lautrec. Pero ahora que me acuerdo les iba era a hablar (en realidad eso es escribir) del cuento de Gabriel García Márquez, *En este pueblo no hay ladrones* (1962) y su relación metafórica con las jugadas de carambola a tres bandas de esta oligarquía putrefacta, descarada y provocadora. Bueno, ya quisiera yo las dos últimas condiciones de frente en mi contrincante de turno.

Al fin que el billar también es ambición y resistencia. Turbación y descaro. Interés y concupiscencia. Políticos como la bola roja, que no se toca, pero todo lo condiciona. Desgraciados que no sienten culpa, ni siquiera cargos de conciencia por sus desfachateces frente a una sociedad que se acostumbró a la obscena corrupción, a ese yugo maldito que comparte con cierto beneplácito, porque también ella es corrupta. Tan ladrón Dámaso como don Roque, tan ladrona Ana como el negro forastero acusado

de robarse las bolas del billar de ese pueblo miserable. Porque en cualquier país del mundo roban los ladrones, pero aquí roban todos. El desfalco del erario es casi nada comparado con el más grande de todos los hurtos que se perpetra cada día en este país de miseria: se roban la esperanza a más de tres bandas. Esperanza me venció y le pagaré como se merece.

C U A N D O T O C A , T O C A

1 999. Un frío pertinaz. Una tarde gris. Plomiza. Como esas postales de invierno en las que todo parece yerto, pero uno sabe que alguien está muriéndose de avideces entre unos brazos. O unas piernas, que son los brazos de la pasión disoluta. La Feria Internacional del Libro de Bogotá a punto de terminar. Un evento que no prometía mucho, la última parada. Un descanso. Una exhalación. Graciela Montes, una escritora argentina, hablaría sobre la palabra y la formación docente. No era gran cosa, pero afuera Corferias era un congelador. Y la primera frase fue un candelazo. Un escupitajo ardiente y delicioso. Una frase de esas que la memoria no puede resistir: “Húmeda, carnosa, rosada, erizada de pezones diminutos, a la vez recóndita y audaz, la lengua es una

avanzada del cuerpo sobre el mundo”. Y cerró ese primer párrafo memorable con otro latigazo violento y apasionado: “Hecha para saborear, lamer y deglutir, intensamente ligada a la materia, parece recordarnos siempre nuestra animalidad y nuestros sentidos”.

No voy a referir la formación docente, ni más faltaba. Sería indecente no rendir un homenaje a semejantes definiciones sobre la sin huesos y los profes que se lamaban. Un sencillito cumplido a la condensación maravillosa que tiene todo lo que se dice con palabras escritas. Y se lee con la lengua y con la boca, con la voz y la cadencia. Mientras los auditorios embelesados imaginan sus propias representaciones o recuerdan obscenidades. Eso, dice *The Economist*, pasa después de los primeros quince minutos de cualquier conferencia. O texto. Decir algo más sobre la lengua es infame. Irrespetuoso. Pero ella hace parte de la boca, y esta es sublime y procaz. Besa y ofende. Lame y escupe. Muerde y acaricia. Es dientes y labios. Es carne y aliento. La boca es sonrisa y enojo, tanto como la lengua es pasión o veneno. Una boca hermosa invita al deleite y debe ser besada con la delicadeza de una caricia que solo procuran otros labios. No como esos besos de película mejicana que pueden destrozar un bigote y acabar con una ortodoncia. No. Un beso es una cita con una de las más excitantes zonas erógenas cuya caprichosa florescencia es el comienzo y el final de todo.

La boca entreabierto de una mujer dice más que sus ojos cerrados. Y su humedad, reseca más que un corazón afligido. De sus comisuras que no quede nada, que se extienda como las fauces de una constrictora en acción de otros menesteres. Porque en cada esquina de una boca hermosa, hay una curva más peligrosa que la anterior. Es increíble que una línea tan delgada pueda estrechar tanto un sentimiento y que una boca loca pueda enderezarlo todo. Todo. Más que una grotesca carcajada, una sonrisa insinuada es una boca llena de boquitas que se adelanta al acontecimiento excepcional y trágico de sabernos engullidos por ese sin nombre que obsesiona a un hombre por una mujer. Sí, yo sé que es un bolero. Pero no quería decir amor. No quiero. La boca es homenaje y conmisericordia. No hay piedad ni clemencia cuando el desenfreno llega para hacer de una boca un torbellino que termina en huracán. Esa ley de la compensación que vuelve uno todos los extremos. Que funde el arriba y el abajo, y confunde los labios al besar. El antes y el después. El ayer y el ahora. Nada se toca más sutil que una boca y nada tampoco puede pervertir más que una loca.

Y la dueña de la que refiero es una flaca. Escuálida. Como invertebrada. Pareciera que nada en ella sobresale, pero toda ella es armonía. Es un atado de huesos que no necesita pulpa, porque toda ella es carne trémula. No necesita senos porque tiene pecho. Ni corazón, porque donde

la punzan, la hieren. Ni caderas porque tiene compás. Ni cintura porque un tatuaje al lado del ombligo la concentra. Y me desconcentra. Tiene el cabello desordenado, como su mente, como su vida, como su boca loca que en cada puchero es más bella. No tiene voluptuosidad, porque no la necesita. Es lo que es. Dice lo que dice. Hace lo que hace. Es sabrosa como esos manjares que no requieren apariencia. Es toda sensualidad y erotismo. Chispea los ojos de cuando en cuando. De vez en cuando. Los enciende y los apaga en un instante. No es un tic, es un pícaro llamado. Un cambio de luces para advertir su peligro. Los regala, apenas por momentos, para que su lindo mirar no opaque el protagonismo de sus labios. Y cuando lloran esos ojos, no hay un término que pueda describirlos. Tal vez solo lo sepan sus pestañas. Son pispas como ella. En varias noches el pájaro del sueño no ha podido dormir en el nido de sus pupilas. Ha llorado. Ha sufrido. Pero sobre todo ha gozado.

De esa nariz algo extraña, sus derivaciones. Sus accidentes. La articulación con su sonrisa. Y la idea de que sus aromas son innatos. Nada que pueda superar perfume alguno. De esas orejas que lo han oído todo, acaso se salven dos o tres susurros. Y esa pulsión tan femenina de atrincherar ahí sus cabellos. De unos pómulos que apenas son antesala de los coquetos hoyuelos de sus mejillas, de un pálido cadavérico que con una breve ruborizada se tornan rosados y sensitivos. De su barbilla partida, como

un durazno tierno, una pequeña cicatriz que parece el guion que antecede un diálogo. Ríe mucho. Habla poco, en serio, claro. Es su fachada. Su máscara. Tantos dichos como hechos. Tantas risas como juegos con sus cabellos que alborota y bambolea cuando se burla de la vida. Pero cuando decide ser trascendental es una delicada fiera. Y un par de lunares que solo son los puntos seguidos en el párrafo de su lindeza. Y varios puntos finales en un cuarto de siglo.

No puede pasar inadvertida. Su extroversión es una caja de resonancia de todos los silencios que guarda. Podría decir que habla más con las manos que con la boca. Son grandes y expresivas, quizá lo único rollizo que tiene, como si no le pertenecieran a sus brazos largos y huesudos, donde asoman unas venitas vanidosas por donde fluye un torrente no de sangre sino de ímpetu y fogosidad. La envidia también es flaca, porque muerde sin comer. Pero ella es un armatoste de clavículas prominentes que no esconde su apetito. Dueña de una cadera siempre expuesta que cual mariposa presume de su belleza y de su fragilidad. De sus crestas ilíacas y por supuesto de las memorables batallas en el monte de Venus. Es alta y no debió elevarse mucho para poner sus labios en mis cicatrices y volver invisibles mis recuerdos. Es bueno no agacharse tanto y menos arrodillarse. Suspendió el pasado para volverse presente y otra vez pasado. Rinde homenaje a la estatura moral. No

es una boca y menos una lengua, es una mujer total, una loca, pero su piel también se eriza de pezones diminutos porque cuando toca toca dijo la loca y se lo echó a la boca.

2021. Un frío pertinaz. Una tarde gris. Plomiza. Como esas postales...

¡ Q U É M I E R D E R O !

Sucedió en la portería de una universidad de gente bien. Le decía un estudiante –vamos a llamarlo así porque su carné obliga– a su imberbe compinche en el pasillo que lleva al parqueadero: “Yo siempre asisto a las primeras clases para ver si uno puede dejar de ir a esa mierda y no pasa un culo”. Así se refería este rufián en potencia (¿o en formación?) a las clases que seguramente pagarán sus padres, vaya a saber uno si con esfuerzo o por una simple especie de rutina social: pagarle a su vástago una carrera para que se haga profesional. No se puede juzgar la condición del estudiantado o de la juventud entera por el comentario de uno, es cierto; como tampoco la situación humanística de este pillín sin pensar qué tipo de educación o ejemplo ha recibido en el hogar, la familia y

su casa. Y la salvedad es precisa, pues se puede tener casa, pero no hogar y vivir en grupo sin tener familia. Me llamó la atención que no había transcurrido una hora desde el inicio de la jornada e iban rumbo a la salida. Supuse que la clase de donde emigraron efectivamente les había parecido una mierda.

Con los valores trastocados de nuestra sociedad –es un error decir que se han perdido, lo que están es vueltos mierda– la macondiana sentencia de este perezoso obliga alguna reflexión. La primera y más obvia recalca en la palabra mierda, que tiene tantas acepciones como marrones hay en el excremento. Su polisémica funcionalidad le permite ser interjección o sustantivo y tener tantos significados que nos volveríamos locos tratando de explicarlos todos. Y del consecuente culo, ni se diga. De modo que será cuestión de inferir qué quiso decir este pequeño bribón con los dos términos y la frase. Lo primero, sería la contrariedad expresada con las metáforas en la que mierda es igual a clase y culo sinónimo de poca jerarquía. Si no le gusta estudiar, resulta lógico que no le guste ninguna clase, o las considere sin importancia y de allí su desprecio. Lo otro sería que quien escribe le esté poniendo mucha tiza a un par de expresiones de uso coloquial en la jerga de la mayoría. Ese par de maledicentes se había detenido y yo con ellos a una distancia apenas prudente que me permitiera escuchar su coprológica diatriba.

Pero como también somos lo que hablamos, considero por lo menos sensato especular al respecto y compartir algunas ideas. Como rezan los cánones de la calle, del bajo mundo, del hampa y de las altas esferas de los negocios, el mozalbete está midiéndole el aceite a la clase, que no es otra cosa que medírsele al profesor. Quién lo creyera –porque es un gran contrasentido–, le está haciendo inteligencia. Estudia su comportamiento, su nivel de rigurosidad, sus procesos pedagógicos, sus contenidos teóricos, su manejo conceptual, su sistema de evaluación y sus criterios; entonces el bellaco evalúa sus probabilidades de holgazanería académica y ausencia física e intelectual sin detrimento de la nota, que es en últimas su botín. No el conocimiento, que le parece una absurda entelequia, algo innecesario en el mundo de los vivos, de los avispados, de los que siempre toman atajos para conseguir sus objetivos y se saltan y asaltan las normas, las leyes y la buena fe. Y lo caña, lo prueba retirándose.

La cacareada virtualidad en la pandemia dejó unos vicios que tomará un tiempo reconocer, poner en evidencia y erradicar; o darles manejo, como sugieren los que ven la educación como un negocio donde el cliente siempre tiene la razón. Uno de ellos, la rígida flexibilidad, entendida como la posibilidad de hacer en la clase y con la clase lo que se les dé la gana. Aplica para alumnos y profesores, por supuesto. Ya no media una pantalla donde el ausentismo

era latente aún bajo el eufemismo de la ‘presencialidad virtual’; ahora de nuevo la relación con el otro genera unas dinámicas insuperables que se han resignificado con la crisis, provocada o no. Si todo sigue igual o peor, no sirvió para repensar el ser y estar en este

mundo. El aula no es un simple salón de clases, no debe asumirse así. Es un espacio de enseñanza y aprendizaje, de relaciones que se mueven entre lo cultural, lo afectivo, lo político y hasta lo económico; de encuentros y a veces desencuentros que deben trabajarse para aportar en las competencias en procura de una proyección verdaderamente profesional con sentido social.

Un profesor no es un recreacionista que deba entretener a unos jovencitos que papito y mamita malcriaron porque les inculcaron poco o nada de compromiso, disciplina, orden, honestidad, trabajo, lealtad, esfuerzo, perseverancia u otros valores. Un docente debe ser un guía que oriente y acompañe un proceso donde cada persona descubra lo quiere ser y cómo quiere serlo. Qué le gusta y cómo aportará ese gusto a su progreso, a su desarrollo en diversos ámbitos, sobre todo el personal; y a la construcción de nación y de mundo. Despertar ese poder que cada ser humano tiene de cambiar la realidad que le ha correspondido vivir y hacerlo consciente de que es un sujeto social e histórico, que será único e irrepetible si y solo si logra ser consecuente entre lo que piensa, lo que dice

y lo que hace. Eres lo que hagas, así de simple. Salirse de clase hace parte del libre albedrío y si los argumentos son válidos y expresados, es probable que sea el actuar necesario para cambiar la historia de esa clase. Pero cualquier otra actitud es una insolente vagabundería.

Viene a mi memoria con esta coprológica historia una práctica cultural de los artistas franceses surgida en la París de la Edad Media, que era literalmente una mierda. O un cuento que es verdad. En esos tiempos solo podían ir al teatro las personas de las clases más pudientes, que acudían al mismo en coche de caballos. Entonces, si en la puerta del teatro había gran cantidad de mierda, significaba un lleno total, lo que podía suponer mucho éxito. De ahí que todavía muchos artistas se deseen suerte repitiendo la palabra mierda. Yo había

perseguido al acecho a los dos mozalbetes con la intención de escuchar sus argumentos, pero solo siguieron hablando mierda: fútbol, chicas, marihuana... Se subieron en un último modelo con placas oficiales y vidrios polarizados. El rugido del motor me despabiló y el polvo de las llantas me ensombreció la ropa y el espíritu. Hoy en Colombia pagar una universidad privada es un privilegio. Ya no se ven montones de mierda, de caballo claro.

BUKOWSKI

RECARRGADO

Como en la más tremenda de sus alucinaciones, producto del alcohol y de las drogas, el bendito poeta maldito Charles Bukowski se levantó de su tumba en medio de su lacónico realismo sucio para convertirse en una estrella del WhatsApp a la altura de Alejandro Jodorowsky o Paulo Coelho. Al lado de frases tan insondables en ese mar del positivismo insulso que no llega ni a los tobillos de la filosofía plena, como: “A veces perder es ganar y no encontrar lo que se busca es encontrarse”, del nonagenario artista chileno; o “Hasta un reloj dañado acierta dos veces al día la hora”, del millonario escritor brasileiro; se comparten los extraordinarios escupitajos literarios del autor de *Erecciones, eyaculaciones y exhibiciones*; *Noche de escupir cerveza y maldiciones*;

La senda del perdedor, Escritos de un viejo indecente, La máquina de follar, Música de cañerías, El amor es un perro del infierno, y Arder en el agua, ahogarse en el fuego, entre otras lindezas. ¿Había leído usted títulos más exactos, provocadores y bellos? La mayoría tampoco. Esperanza Gómez, la estrella porno colombiana, sí. Tal vez por eso regresó Bukowski.

A Jodorowsky y a Coelho los leen hasta los que no leen nada. Esa es una verdad inexorable, porque sus textos están llenos de ese pseudopensamiento motivacional que sirve a quienes no tienen (por inhabilidad o circunstancias) ni la capacidad ni el carácter suficiente para elaborar reflexiones o argumentos propios a partir de la experiencia de vida, o de la lectura, si esta última se asume como un compromiso con el pensamiento crítico. Bukowski, atrevido y divertido, pensante y punzante, un verdadero malparido, volvió para combatirlos. “Por lo general soy malo, pero cuando soy bueno, soy endemoniadamente bueno”. No es menos cierto que todos hemos guardado alguna vez en la memoria, o en un escaparate del alma, alguna frase, escrita o dicha por alguien famoso o anónimo, que se torna inolvidable por su composición, su belleza, su profundidad o simple afinidad y sonoridad. Y no caben aquí las frases que nos embute la historiografía oficial en la memoria colectiva y que han pronunciado prohombres como, como... la lista es infinita. La cuestión ahora, es que lo que llega a través

de las redes sociales, la mayoría de las veces, se comparte como propio o sin el crédito respectivo o su debido contexto. Por el puro placer de parecer. Es su única esperanza.

Algunas frases del maestro Bukowski (este apelativo le provoca náuseas y siente un deseo irrefrenable de volver a su cripta) se comparten y viralizan a tal punto que en un mismo día pueden llegar desde los más variados emisores los más enconados de sus aforismos. Un colega mortificado publica: “Me gustan las personas que llevan una tormenta en el alma. Esas que han sufrido toda la vida. Esas que tienen algo por contar”. Un periodista con ínfulas literarias: “El problema del mundo es que la gente inteligente está llena de dudas, mientras los estúpidos están llenos de confianza”. (Yo también la compartí). Un amante insatisfecho: “Yo pienso que si la gente no puede amar sus estupideces, sus pedos, sus mierdas, sus partes horribles tal y como aman las partes buenas, no es completo el amor”. Un amante desquiciado: “Follar la mente de una mujer es un vicio refinado para los entendidos; todos los demás se conforman con el cuerpo”. Un bohemio empedernido: “Hay veces que un hombre tiene que luchar tanto por la vida que no tiene tiempo de vivirla”. Un borracho redimido o en *delirium tremens*: “No hay nadie allá afuera. Es la estupidez. Gente estúpida juntándose con gente estúpida. Prefiero –y puedo– entretenerme solo”. ¡Jueputa qué rico!

En fin, no se trata de enunciar aquí un listado desnudo. La vida de Bukowski puede resumirse en dos palabras: bebía y escribía. Y tiraba. Era su única esperanza. Jamás padeció limerencia y menos bonhomía (tal vez por eso regresó transmutado en tantos). Todos los otros verbos son complementarios, pero no determinantes de su obra, a la que pueden agregársele otras arandelas como sexo, drogas, pobreza, mujeres y fracaso. Las dos últimas íntimamente ligadas. Como cualquier mortal tuvo sus momentos débiles y hoy está más fuerte y vivo que nunca. Bueno, ningún buen escritor se muere del todo: “Hay personas inolvidables, y para eso no hay cura”. Pero como los genios que hasta cuando se equivocan son magistrales, en una carta a su amigo (de nuevo las arcadas y las ganas de trasbocar) Steven Richmond, que le alentaba para que saliera de la profunda depresión provocada por la separación de una borracha igual a él, le escribió: “El hombre, a pesar de su bravuconería es el fiel, el que generalmente siente el amor. La mujer es experta en la traición. Y la tortura y la perdición. Nunca envidies la mujer de un hombre. Detrás de todo esto está el infierno en vida”. Valdría responderle sin respeto alguno (consideraba que nadie lo merecía, por supuesto, mucho menos él) y con una de sus frases: “Supongo que el único momento en que la mayoría de la gente piensa en la injusticia, es cuando les sucede a ellos”.

De modo que no me asombra el éxito de Bukowski en WhatsApp. Veo en los estados de muchos contactos (unos cercanos, otros laborales, algunos especiales) que presumo jamás han leído uno de sus libros completos, frases con las que se identifican y reafirman que su realismo sucio, más limpio que cualquier otra tendencia grandilocuente y supra elaborada, es más efectivo para decir lo esencial de este mundo decadente. “Yo llevo la muerte en mi bolsillo izquierdo. A veces la saco y hablo con ella: ‘Hola, cariño. ¿Cómo estás? Cuando vengas por mí voy a estar listo’”. Y resulta válido compartir las ideas escritas de este hombre acusado de soez y de exhibicionista literario, pero auténtico y obsesionado con lo mundano, provocador empedernido y efectista: “Si lograste engañar a una persona, no quiere decir que sea tonta, quiere decir que confiaba en ti más de lo que merecías”. Muy ingenuo para mi gusto, pero de nuevo certero. No se parece a esas frases salidas de sus tripas, de su cabello y barba descuidadas, de su rostro arrugado y desordenado que se dejaba ver en medio de la bruma del humo de su cigarrillo perenne, de un hombre desgarrado por la incredulidad y la desesperanza. “La civilización es una causa perdida; la política, una absurda mentira; el trabajo, un chiste cruel”.

Yo sigo intentándolo, escribir algo con sentido sobre este hombre sin sentido de lo romántico, de lo tonto, de lo elemental, en un mundo donde las masas tienden a ser

incultas –por vocación auténtica o ignorancia provocada– y a tener mal gusto. Donde el sexo es gratis y el amor costosísimo. (Bukowski escribió en 1977: “Acuérdate de que no hay un pedazo de culo en este mundo que valga más de 50 dólares”. ¡Descubrió ahora que las cosas han cambiado! El dólar está por las nubes). Donde quedarse sin batería es más grave que no tener valores y perder el celular una catástrofe. Nada al lado de perder cualquier virginidad. Lo profundo aburre y no vende. Cualquier persona que piense diferente es una intensa y las ideas bien elaboradas se trivializan con frasecitas facilistas, porque las obviedades tautológicas inundan las redes sociales y las mentes holgazanas. Se comparten cartelitos falaces y vacíos que llenan el ego del vulgo que se siente brillante. Entonces, ¿por qué ha regresado, por qué triunfa Bukowski en las redes? Ha de ser porque al lado de la fascinación pueril y frívola, de la debilidad psicológica de una generación absorta en la tecnología, emerge la certeza momentánea de la realidad absoluta, y pese a nuestras debilidades y a nuestra ignorancia, las bofetadas de este escritor sacuden las conciencias adormecidas y las estructuras más primitivas de la razón. Al fin y al cabo: “Aprender a ganar es difícil, cualquier idiota puede ser un buen perdedor”. O qué tal este poema titulado, *Poesía*: “Se requiere de mucha desesperación, insatisfacción y desilusión para escribir unos pocos buenos poemas. No es para todo mundo, ya

sea para escribirlos o siquiera para leerlos”. En un mundo lleno de ‘eccedentesias’, desgraciados que ocultan su dolor y miseria detrás de una sonrisa falsa e impostada, que a veces acompañan de una rimbombante carcajada con la intención de cuajar su engaño, el aspecto hosco de Bukowski confirma la acidez de su pluma y lo agrio de su conciencia. Por eso, hombres y mujeres larvadas, seres carcomidos en sus entrañas por la imposibilidad de manifestarse abiertamente, hallan en sus frases insurrectas algo que no buscaban, pero encontraron: una especie de serendipia esclarecedora y sublime.

No hay nada sobrenatural o esnobista en Bukowski. Tampoco adivinatorio ni esotérico. Nada de enunciados anclados en la etérea Nueva Era. Ni recomendaciones para el buen vivir. Ni píldoras para concebir la felicidad. Ni posudos namasté. Nada de alma. Solo todo de la nada avasalladora y despótica. “...los tontos crean su propio paraíso”. Mañana llegarán al WhatsApp más frases de este viejo puerco, brillante y desquiciado. Y él las atisbará mientras fuma, bebe y folla en el más allá. Más cartelitos copiados de algún lado. Bajados de algún estado. Repetidos hasta el cansancio y jadeantes porque están cansados de hacer sentir inteligente a tanto estúpido. Yo, mientras tanto, releeré algunos de sus poemas: *Sé amable, A solas con todo el mundo, Consejo amistoso a un montón de jóvenes, Llegaron a tiempo*, y sobre todos ellos, por encima de

cualquiera y debajo de este faro fundido, uno que imprimí y guardé para siempre en mi pésima memoria: *Cómo ser un gran escritor*. Léanlo. Lo he aplicado todo. Al pie de la letra, salvo una excepción por imposibilidad: jamás he ido a un hipódromo. El último en Colombia cerró en 1987. Tal vez por eso mis limitaciones con la escritura. Habrá que seguir intentándolo. Y apostarle a algún caballo. O a alguna yegua briosa en cualquier hipódromo del mundo. Son escasos diez, por lo que deberé apresurar la cabalgata. Entiende uno entonces por qué Esperanza Gómez es la única esperanza que le queda a Colombia y acaso la que hizo venir a Bukowski.

EL PODER DE LAS PALABRAS

Escribió un amigo entrañable que las palabras son como las camisas: se ensucian, se lavan, se destiñen, se descosen, se rompen, se agrandan, se encogen. Raúl Salguero parió un poema tan beligerante como su mente, como su actitud frente a la vida. Las palabras –subrayó con frases más elaboradas– también protegen del ambiente, abren las cicatrices, permiten a veces que emanen malos olores y hacen aparentar un pecho más grande del que realmente tiene uno. Porque las palabras para Raulito, no solo representan la realidad, sino que la construyen. Y es probable que en ocasiones la destruyan, acaben con cualquier cosa. No importa si es una ilusión o un amor, un problema o una calamidad. Las palabras pueden con todo y con el tiempo, a veces, llegan a ser nada.

No recuerdo a quién se lo leí, pero alguien dijo de Neruda que las dejaba inservibles después de un poema. Como si avergonzara utilizar una palabra que el chileno hubiese ubicado como se acierta en una diana con un disparo. Pues bien, nada es igual después de la palabra precisa en el momento indicado. Pero las estamos prostituyendo.

Libertad, paz, amor, lealtad y otras tantas muchas – muchísimas otras – son palabras que han perdido su valor. Como la palabra misma, que ya nadie empeña porque no vale nada. Es una rareza, casi una aberración, ser consecuente. Pensar, decir y hacer las cosas de manera concordante. Respetar la palabra y cumplirla. Comprometerla. Sentenciarla. Lanzarla como ceniza al viento, para que cada quien arme su propio Fénix. Bien escribió Gustavo Adolfo Bécquer y recogió Willie Colón en *Gitana* con sutiles variaciones: “Las palabras son del aire y van al aire”. En realidad, el poeta español se refería al suspiro, ese aire que sobra cuando alguien hace falta. “¡Los suspiros son aire y van al aire! ¡Las lágrimas son agua y van al mar! Dime, mujer, cuando el amor se olvida ¿sabes tú adónde va?” Es cierto que quien tiene imaginación puede sacar de la nada un mundo, pero no lo es menos que la conciencia plena de la palabra es el mayor de los compromisos y retos. Los gobiernos, demos por caso, las manosean como el que más. Y el periodismo, ni se diga. Querido Raúl, todos sin

excepción dibujamos en algún momento un panorama con ellas que dista de lo que en realidad es.

Evoco a Malcolm Deas con su título *Del poder y la gramática*, un inglés que sabía más de Colombia que la abrumadora mayoría de nacionales. Él se hace esta pregunta: ¿Cómo pudo ocurrir que cuatro personas, conectadas por una sola librería (Americana), se convirtieran en presidentes de la nación en un lapso de treinta años? No eran grandes negociantes o ricos cabales. De hecho, algunos padecieron la estrechez económica y la física pobreza. Solo eran lectores consumados que hicieron de la palabra su mejor arma. Gramáticos, lexicógrafos, filólogos y entusiastas letrados que inseguros de su nueva cultura anhelaban reafirmarse a través de la palabra escrita de manera culta, para demostrar que eran más correctos que los habitantes de la madre patria. Miguel Antonio Caro, José Manuel Marroquín, Marco Fidel Suárez y Miguel Abadía Méndez vendieron libros que estaban al lado del aguardiente y la panela, las telas y los paños. Las ganancias eran pocas, pero había más en juego: el dominio de las palabras y las leyes. Raúl Salguero lo sabe porque les ha dado a las palabras la importancia que tienen; y a la amistad y a la bebida, el lugar exacto que se merecen en la vida, el corazón y la nostalgia.

Decirle homicidio colectivo a una masacre o falso positivo al asesinato de inocentes para ser mostrados

como enemigos caídos en combate, no es solo la peor de las canalladas, sino la demostración de cómo las palabras se ensucian. De cómo hacen metástasis en esta Colombia cáncer que no lee, que no escribe, avasallada por el analfabetismo técnico de seres que en teoría saben leer y escribir, pero a quienes se les dificulta una frase, un párrafo, una carta (¿aún se escriben cartas?) y cuya ortografía no es un error constante sino un horror espantoso. Ahora bien, más que buena ortografía se necesitan buenas personas. Raúl se retuerce cuando una tilde lo cambia todo en el texto, pero reconoce que no se nota su ausencia al hablar, al decir, al expresar una idea o un sentimiento. Así como las comas son la puerta giratoria del pensamiento –según Cortázar–, las tildes son el símbolo de la diferencia. Si te parecen un disparate, dispárate con el revólver sin revolver los hábitos. Entre clave y clavé, entre te gusto y te gustó, entre bebés y mamás, y bebes y mamas, entre amen y amén, entre ingles e inglés, entre pérdida y perdida, entre habito, hábito y habitó, enamorarse es grave. Y no lo digo yo, sino la ortografía. Y este amigo que se gastó la vida tratando de enseñar algo más que buena ortografía. De modo que la buena condición humana está por encima de la ortografía, pero no solo escribimos mal, sino que pensamos mal y actuamos mal.

Las noticias mantienen a Raúl conmocionado. Indignado. Rebotado. Emputado. No es una exageración. Lo

han socavado, por obvias razones. Ha sido una terrible realidad distorsionada a través del discurso, de la palabra, para lavar sangre y ocultar el asesinato de tantos inocentes. Tanta corrupción y maledicencia. No es una cuestión de desacreditar a los gobiernos, dice Raúl, mientras escupe otra vez sobre un cenicero atiborrado de colillas como de cruces rotas un viejo cementerio entre malezas.

Si se quiere conocer la verdad de nuestra historia, de este simulacro de democracia, de esta violencia casi endémica, va siendo hora de que las palabras se utilicen de manera correcta y que a las cosas se les llame por su nombre, no con eufemismos, ni máscaras gramaticales con las que nuestros 'líderes' e instituciones ocultan su criminalidad.

La persistencia de la violencia no es solo física, sino verbal. Sobre todo, verbal. Y claro, textual. El que diga o escriba algo con lo que otro (poderoso en cualquiera de sus acepciones, legal o ilegal) no esté de acuerdo, debe desaparecer. Borrarse del mapa. Eliminarsse. Ya ni siquiera es declarado objetivo militar. Hay tantas formas de matar como caretas tiene la censura. Cada vez, como decía el dramaturgo Samuel Beckett –y Raúl lo cita con fruición–, fracasamos mejor. Matar jóvenes desempleados, engañarlos con supuestas oportunidades de trabajo; asesinar líderes sociales como calculada estrategia electorera, para hacerse con el poder o no soltarlo; liquidar

excombatientes porque la venganza letal es para muchos lo único que redime, saldar sangre con sangre; e insistir en el viejo remedio de la muerte que está comprobado no soluciona nada, pareciera ser la consigna de un país mal hablado, pero por sobre todas las cosas, mal escrito, porque la historia oficial no suele ser la verdadera.

¿Ignorancia, complacencia, doble moral, estupidez? Puede ser cualquier término, la cuestión es la palabra en contexto. Este país está lleno de palabras sucias, desteñidas, encogidas y rotas para sembrar pánico y sacar réditos, para utilizar la muerte como trampolín. Para aparentar que tienen corazón, cuando en realidad lo que tienen es un caparazón con costra, una camisa perfumada que solo encumbra la inmundicia. Raúl Salguero parió un poema y por poco se desangra.

DEBUT Y RETIRADA DE EL PELUSA

“Jugar sin hinchada es como bailar sin música”.

EDUARDO GALEANO – EL FÚTBOL A SOL Y SOMBRA

Intentaré hacer con las manos lo que ya no puedo hacer con los pies: jugar. Y hacerlo con las pelotas, porque seguro lloverán impropiedades de aquellos que en la vida jamás sintieron que el fútbol para la mayoría de los hombres es la vida misma. Sí, suena a exageración, pero es así. Hay una especie de negación de esta especie elemental, barbuda y cervecera para abandonar los cortos, los guayos, el balón y la pasión por el gol, ese orgasmo extraordinario y letal, cual centrodelantero infalible. Es lo único, lo absolutamente único que extraño de no tener 25 años: poder jugar fútbol con la misma intensidad. ¡Ah,

mentes sucias que se imaginaron otros impedimentos! No me atrevo a hablar de calidad, si es que alguna vez la tuve o me acompañó en cualquier torneo o recocha de barrio, porque homínido que se respete se considera crack y fue una lesión –por lo regular de rodilla– la que no le permitió surcar las canchas del mundo.

Pero no es mi historia la que ahora importa, aunque es inevitable citar una cuita futbolística: los dos goles que le anoté a Faryd Camilo Mondragón Alí, arquero del Colegio Colombo Británico, con la camiseta del Colegio Coomeva. Todavía creo, como en aquella tarde ochentera, que era un tipo pinta, pero un pésimo portero y chicanero como el que más. Pero sigamos, después me da por hablar de lo mal comentarista que es. Dentro del grupo de amigos de la universidad con los que se almuerza y se comenta –a veces fútbol–, se critica, se analiza, se aprende y se ríe a carcajadas, solo dos de los cinco insisten en jugarlo: Jorge Mauricio y Guido Germán. El primero experto en comunicación, educación y tecnología; y el segundo, un historiador metido en lides de territorio, cultura y política. Juan Carlos, un cinéfilo empedernido, se declara desmovilizado del fútbol y otras prácticas mundanas; y Diego, grandioso petiso del grupo que –quién lo creyera– si bien jugó fútbol con el equipo del SENA (Servicio Nacional de Aprendizaje), descolló en el baloncesto y ahora, nada. Y no es natación.

El único que no ha superado la guasca de las primeras cincuenta carambolas es Mauro, con 48. Un polluelo. Guido, tiene 58 años. Juan Carlos, 52. Diego, 63 y parece el más joven. Y quien escribe, 54, de la primera serie, que salió buenísima. Canas, barrigas y calvicies, entre incipientes y consolidadas. Y esa camándula de pepas para casi todo: gastritis, presión, rinitis, ácido úrico, etc. Ninguno confiesa las azulitas que comienzan con ese. Todos casados, menos uno. Todos separados y vueltos a juntar, menos dos. Todos con hijas, tres sin hijos varones, pero no por eso sin herencia futbolera. Ahora las chicas meten pierna y dan codo. Cabecean y la paran con el pecho. Hacen túneles y gambetas. Tacos y zancadillas. Escupen como cobras y hacen escorpiones y chalacas como el más avezado *freestyler*. De modo que la fiebre no ha bajado y tampoco la propensión a jugarlo. Antes de relatar el debut de Guido en el equipo de amigos de Mauro, vale recordar un fragmento del único texto que García Márquez le dedicó al fútbol, porque al igual que Jorge Luis Borges, y otro equipo de intelectuales, lo detestaba: “Advertí que durante toda mi vida había tenido algo de que muchas veces me había ufanado y que ayer me estorbaba de una manera inaceptable: el sentido del ridículo”.

Para volver a caer rendido a los pies de Galeano, “...con esa melancolía irremediable que todos sentimos después del amor y al final de un partido”, asistí al his-

tórico encuentro. Fueron dos semanas de antesala. Dos semanas de pedir chico. Dos semanas para comprobar qué tanto jugaba Guido Germán ‘el Pelusa’ Hurtado. Un hombre casi leyenda en su natal Santander de Quilichao, que asegura haber jugado en el Deportes Quindío, pero de lo que no ha podido entregar pruebas o evidencias, al menos fotográficas. Hay apodos en el fútbol que se repiten como esa decadente pulsión de los hombres a insistir en jugar fútbol cuando este ya los ha abandonado. Y Pelusa, es uno de ellos. La cuestión es que además del Pelusa Pérez, a Maradona también le aplicaron el remoquete y esa es una carga muy grande para cualquier otro mortal.

La cancha, sintética: Euforia, puro nombre de loción femenina. Y esa ilusa imitación de gramilla que daña rodillas y riñones. Y –hay que decirlo–, en la que se corre como con taxímetro al trasero. No es el espacio ideal para desplegar fútbol, pero el tronco o el calidoso se reconocen en la amarrada de los guayos o en la forma cómo paran un balón. Y Guido llegó con la indumentaria, pero tarde. Se sumó y desequilibró el encuentro. 7 contra 6 y la consabida recarga. Se enfundó en ese peto vergonzante y se ubicó en su espacio, el del volante mixto en el mediocampo. Es un tipo promedio en estatura y peso. Su diferencia radica en cómo levanta la cabeza, yergue su espalda, saca lo que le queda de culo y esa barriguita tipo *Liquid Paper*. Se ve raro sin gafas y callado. No fue por mucho tiempo.

Apenas habló le reviraron. En un grupo que lleva siete años jugando, el que llega nuevo tiene la culpa de todo. ¡Atrevido! Guido toca de primera y se desmarca. Busca espacios, triangula. Tiene visión de la cancha, la pide, grita. No marcó, pero los puso. Es un volante que pone a jugar. Y eso en canchas pequeñas es difícil. Mauro –el que lo llevó–, en lo suyo: el liderazgo. La rosca, dirán algunos. Desborde por derecha y zapatazo. Tiene calle, barrio, picardía. Muchos taquitos y paredes cortas. Le dicen “Mincho” y no se llama Benjamín. Es por lo ‘gamincho’. Hace goles y mofas. A pesar de su estatura es habilidoso, algo extraño, propio de Sócrates o Zlatan. Guido es más pausado y táctico. Un ocho convencional. Mauro, más explosivo y mañoso. Los dos tienen técnica, pero les hace falta físico, como a todos los que se encuentran para jugar. Un parche de ingenieros con más voluntad que calidad. Algunos quiebrapatas, más por falta de pericia que por exceso de mala intención. Chocan más que esos carritos de la ciudad de hierro. Un grupo de nostálgicos que se niega a abandonar la cancha o a tocársela a una mujer que jugó los últimos quince minutos con ellos. En suma, un grupo de cavernícolas del fútbol que ya no pueden hacer con el cuerpo lo que el cerebro futbolero les indica. Esa es su mayor diversión y, algunos deben saberlo, también su mayor tragedia. Será el tema de varios almuerzos: la noche que debutó el Pelusa Hurtado.

LOS PECADOS DE LA NEGRA

Es azabache y curvilínea. De caderas anchas, una cintura algo embolatada y un cuello un toque altanero y exagerado, que culmina con una coronita crispada en los bordes que tapa su deliciosa soberbia. Entrada en años, pero –todo hay que decirlo–, moderna y hasta post, pues su muerte se ve lejana, es una viejita pícara y coquetona, incluso tuvo un romance muy sonado –y aun comentado y saboreado– con un ronroneado señor cubano. Su vida ha sido una constante de perturbaciones en la forma, pero no en el fondo, pues sigue impávida e inmodificable, como una estatua de ámbar que rinde homenaje perenne a ciertas palabras de aquella canción funesta de Shakira. Lo de bruta puede discutirse, pero ciega, sordomuda, torpe, traste y testaruda, total. Diosa

de ébano cuya fórmula para enloquecer seres humanos es un secreto bien guardado en el aislado congelador del norte: Alaska. Víctima de permanentes acusaciones de las que pareciera salir siempre airosa –y algo victoriosa–, de nuevo ha sido atacada por un ídolo de barro erguido a punta de patadas y dólares.

Le han dicho fea, es cierto. Nadie es perfecto. Pero ella lo subvierte todo. Han fracasado tanto en la imitación, que la han consolidado en el trono sediento de la banalidad. Claro que también la han traicionado. Ella es poca cosa, pero deliciosa. A veces anda mal vestida. Ha tenido solo once ropajes en esta sociedad donde –según Eduardo Galeano– importa más el envase que el contenido. Casi una docena de fieles apóstoles a su eterna y variante sabrosura. Le gusta tanto a ella la botella, que de su pico no se desprende ni un mico. También es una chica plástica, de esas que veo por ahí, de esas que cuando se agitan, no sudan, qué pena, no es *Chanel number three*, sino gotas de frescura, mamá. (Disculpa Rubencito). Ya es un clásico la película que la convierte en tótem de unos negritos africanos en pelota. ¡Dije pelota!

Pero, por Dios, si era eso lo que les quería contar. Bueno, hablar. Mejor dicho, escribir. Tampoco de eso, sino de ese, del que la corrió, del que la hizo a un lado por tóxica y dañina.

Acusada de todo, pero deliciosa, famosa y apoteósica. Ella es una delicia y una contradicción femenina sinigual. La única fémina que no llama la atención ni gusta cuando está caliente. ¡Calculen si no será diferente esta soberana! Llena bobos y enreda ignorantes que no saben de cosa buena. Cuando se acalora hay que enfriarla –no un rato, sino mucho- para poder degustarla y disfrutarla en el desierto ardiente de las avidedes. Parada o acostada. Cubierta o destapada. Sola o acompañada. Y si la muerte es el hielo, pues que venga la parca y suene el tintineo de copas y ella entre las rocas, se vuelva loca y llegue la coca, para que la cola complete esta afloja tornillos, burbujeante y chispeante, brumosa y espumosa llamada Coca-Cola, a la que Cristiano Ronaldo ultrajó como a ninguna. Disculparán ustedes si me atreví algunas metáforas, pero no se puede hablar directo de quien da chispa a la vida. ¡Salud!

Ella será lo que sea –y lo es, eso lo sabe todo el mundo– pero multiplica por mucho la inigualable sensación de calmar la sed o pasar alguno de esos manjares antifitness, a los que llaman comida chatarra y tapa arterias. Ríos de grasa por donde fluyen felices esos veleros llamados triglicéridos y colesterol que nadan a bloquear, en primera línea, todas las vías por donde chorrea esa vida saludable y sin sabor que pregonan vegetarianos y veganos. Ella explota. No falta quién la acuse incluso de ser impotable. Pero, no se puede acompañar una empanada con jugo de

guanábana. ¡Jamás! Es un exabrupto. Un atentado al buen gusto. Una oda a lo desagradable. En suma, una pareja condenada al fracaso, al embrollo y la pesadez, el cólico y el sanitario. O una hamburguesa con aguadepanela. Un encuentro tortuoso y siempre peligroso entre el Primer y el Tercer mundo. O una pizza con jugo de tomate de árbol. La traición suprema al paladar. O las inefables papas a la francesa acompañadas con jugo de maracuyá. O un perro caliente con soda fría. Una chuleta, un chicharrón, un chorizo, un pollito asado, una lechona, una marranita, una rellena, un mondongo... En fin, hay bazofias que solo pueden acompañarse con Coca-Cola.

Pero volvamos a la multiplicación por muchísimo de tenerla a ella y degustarla, de dejar que mane por la garganta como una daga fresca y liberadora que lo destraba todo. Nada tiene ella que ver con la estética, sino con la libido, puesto que resulta difícil verbalizar y definir ese no sé qué estremecedor que hace sentir, aunque tengamos la certeza de su malignidad. Ella es solo agua, colorante, ocho cucharadas de azúcar, gas y toneladas de publicidad, es cierto, pero acaso alguien puede negar el asomo de llanto que producen sus burbujitas en la garganta y que terminan en un eructo etéreo. Es el clímax de una exhalación de pasión sin límites. Regoldar es casi un orgasmo del gusto que satisfecho agradece. Hasta la mujer más bella sucumbe a esa sonora emisión resultante de la ingesta de gases que

se quedan en el esófago, para luego volver al reino de la naturaleza a la que pertenecen.

Podrá ser muy CR7 pero tal vez desconozca las maravillas del CO2 sobre el trigémino. Yo las supe gracias a un gran amigo, Julio Cesar Londoño, y usted las sabrá si lee su espléndido y breve texto: *Coca-Cola, ácaros y lápiz labial*. El dióxido de carbono produce en las terminaciones nerviosas de la lengua una sensación similar a la de esos ladinos mordisquitos en la lengua que ablandan voluntades femeninas y endurecen bríos masculinos. Ella nació como un jarabe para “blanquear los dientes, limpiar la boca y sanar encías delicadas y sangrantes”, que contenía cocaína y otras porquerías. Todos sabemos que resultó inútil, pero acusarla de la obesidad del mundo, tumbar el óxido, limpiar la sangre del asfalto, destapar el sanitario, despegar chicle del cabello y hasta utilizarla como pesticida, es una injusticia solo comparable con las exageradas bondades que se le endilgan al agua embotellada.

Los come sano están de plácemes. Cristiano Ronaldo quitó dos Coca-Colas de la mesa (por lo menos del encuadre de la cámara), blandió una botella de agua y el mundo de nuevo se rindió a sus pies. El mercado bursátil se estremeció y nadie en el planeta fútbol ahora ama la gaseosa. No es para tanto. Médicos y científicos lo han dicho hace décadas. Es mala, pero similar al cadáver exquisito. Si algo tiene la vida de maravilloso, es poder escoger de

qué morirse. Y si de algo hemos de fallecer, pues vámonos enfermando, dice un amigo que remata su sentencia filosófica con un “bebamos que donde nos van a enterrar no hay agua”. Si atendiéramos todas las recomendaciones de malas ingestas moriríamos de inanición.

El agua embotellada es una de las mayores estafas del capitalismo mundial. Lo de los ocho vasos diarios no tiene ningún respaldo científico y más bien sí, una denodada estrategia publicitaria. Se compran un millón de botellas cada minuto en el mundo. Una botella vale 7.000 veces más que la misma cantidad que usted puede sacar de su grifo y beber tranquilo.

Y cuesta más que un galón de gasolina. Sus botellas contaminan más la tierra, que la Coca- Cola a nuestro organismo. CR7 es una máquina de hacer dinero, de modo que esa pudo haber sido otra jugada en su tablero de dólares, que aprovecha la moda absurda y esa obsesión demencial de beber agua embotellada a toda hora. Dejémonos de pendejadas y que cada quien ‘jarte’ y ‘chupe’ lo que quiera y pueda. Usted se gastó duchándose hoy toda el agua que consume un etíope en un mes. No se las dé de santurrón. Ya bastante grande es la cola de acusaciones a la negra, que no hace más que saciar la sed de cualquier amante. ¡Buen provecho!

ENTRE LA HIERBA Y LA YERBA

Su aroma es inconfundible. Sublima. No hay otro que pueda trasportarme a tan insondables dimensiones. Puedo recordar mi infancia o imaginarme el futuro tan solo con triturar sus hojitas lenta y pacientemente. Es una maravilla verde. La quiero a morir. Es una inhalación que exhala cariño de y para mamá. Con ella –sin su tallo– la remembranza es esperanza y la evocación es pasión. No hay otra que iguale su impacto sobre los amores, sobre ese lugar donde el fuego abrasador lo purifica todo. Donde como en las cavernas nos reunimos alrededor del fuego y compartimos aquello que nos une. No hay nada mejor que el cilantro en la cocina, desde donde les cuento esta historia.

Sé que algunas mentes sucias pudieron imaginarse otras hierbas. Supongo también que muchos de mis amigos prefieren el cáñamo ‘cometero’, a esta apiácea barata y algo rastrera. Admito que hay yerbas más finas y escasas, más costosas y elevadas, pero el cilantro es esa porción de aroma que Dios puso en la cocina, para no decirle sopa al sancocho. Esta delicia sin cilantro es –como reza la metáfora del albañil– un jardín sin flores. O como escribía Napoleón a Josefina, aquella delicia sin olores. Una cuestión de gustos y olfatos. Ese toque divino que corona un plato sin sentirse el rey, sin robarse el protagonismo.

Su fragancia me lleva a la finca donde pasé algunos años de mi ya lejana infancia. A la huerta casera. Allí, entre los tallos de cebolla larga y las serpientes rabo de ají, aprendí a distinguir lo bueno de lo malo. Y a tomar solo lo necesario. En la cocina humeante, un caldo de costilla y papa, con cilantro fresco picado, abría el desayuno. Ahora pienso que es un resumen de la colombianidad. Un homenaje a la montaña y al campo. Una experiencia de añoranza. Lo que viniera después no me importaba, así debiera cerrar con esa bazofia densa llamada chocolate, que imagino pesa tanto en el estómago, como debe de pesar un muerto en el espíritu.

El amor de mamá huele a cilantro. Sus manos inmensas lo pican con la delicadeza con la que se acaricia un bebé. Y con esa medida exacta que cabe entre sus

dedos, lo arroja como espolvoreando estrellas. Esa pizca que toma con el pulgar, el índice y el dedo del corazón, es la medida exacta del sabor. Y del amor, que cuando no es maternal, cada día es más escaso. El dedo anular, que solo sirve para llevar con estoicismo la argolla matrimonial; y el minúsculo meñique, para escarbarse el oído, son simples testigos de ocasión. Otro ritual es dejarlo a discreción del comensal foráneo, en el platito más pequeño de toda la vajilla, a la espera de cumplir su cometido. Más que confianza, echar cilantro con la mano a nuestro plato, es un rezago emocional del cordón umbilical.

No hay cocina del mundo que menosprecie el cilantro, que reza el dicho popular, es bueno, pero no tanto. Dicen los chefs que su labor es más aromatizante que saborizante y que sirve para decorar. Pueden decir lo que quieran, pero a mí me sabe a gloria. En la escala de los condimentos y los ingredientes, sobresale como aderezo. Se defiende solo, como los valientes. Simboliza el aquí y el ahora. No se seca ni se congela, porque pierde su aroma. De su aceite esencial se valen varios licores y algunos perfumes. Eso sabían Jean-Baptiste Grenouille y claro, Patrick Süskind, autor de *El Perfume*. En algún momento y dadas sus propiedades bactericidas –macerado con un poco de alcohol– fue desodorante. Quién lo creyera, condenado a borrar de las axilas ese molesto olor a cebolla podrida.

En “el evanescente reino de los olores” el cilantro es una especie de huella indeleble. Junto con las cebollas, es enemigo de los enamorados. Nadie asocia la pasión con su halo, sino de la miel. Aunque no falta el corrido al que le gusten los besos llenos de guacamole. Conocí a un italiano, llamado Leo Spadini, con un increíble parecido a Pedro Picapiedra, que comía cebolla cabezona con la tranquilidad egipcia (juran sobre la cebolla) de quien mordisquea una manzana. Daban ganas de llorar y no era de ternura, por supuesto. Su boca era como destapar el tarro del ají en la fritanga del barrio, pero sin ají, solo con cebolla. Aprendí mucho de este profesor de italiano. *Era tutto per non dover chiedere nulla in classe.* (Todo fuera por no tener que preguntarle nada en la clase).

El cilantro no solo es muy barato, sino fácil de cultivar. Germina en cualquier materia y en casi todos los pisos térmicos. Salvo en lugares encharcados o muy fríos. A mi hija no le gusta, es una heredad genética de su mamá, a la que solo le gustó alguna vez el ‘cilantro’ que la hizo madre. Yo les cocino con este y con cimarrón y se lamen las jetas, como los belgas, que lo utilizan como ingrediente básico de algunas cervezas. A pesar de vivir en la cocina, el cilantro no se cocina. Pierde con el hervor todo su aroma y sabor. Es sabor al amor de mamá. Esta hierbita mágica que desde México hasta la Patagonia le pone aroma a todos los antojitos de nuestra gastronomía, es de origen asiático

y en las cocinas india, tailandesa y marroquí, es tan básica como los picantes.

Nos recuerda Laura Esquivel, que: “A la mesa y a la cama, solo una vez se llama”. Como Tita, llegué a este mundo prematuramente, si bien no sobre el mesón de la cocina, sí tuvo que haber sido el cilantro uno de los primeros olores que experimenté en la vida. Nada iguala en la cocina, el olor a cilantro fresco recién picado. No lloro picando cebolla, pero se me encharcan los ojos de alegría cuando mi mamá me echa cilantro en el plato, con sus manos enormes y trabajadoras. Y entonces entiendo que reír, es una forma hermosa de llorar y agradecer en vida.

MI TÍA, LA MUERTE Y LA MÁQUINA

“La falta de amor y respeto entre los miembros de una familia es, para estos, una desgracia, y para los extraños, un motivo de repugnancia: nada más.”

ALFONSO REYES.

Las historias no contadas son como los problemas: no dejan dormir bien. Hay que narrar las primeras y que de los segundos se encarguen las preocupaciones, esas señoras con cara de pesadilla que lo despiertan a uno a medianoche con un codazo en la boca del estómago. Voy a contarles una historia familiar que se mueve con respeto entre el homenaje y la reflexión. Omitiré nombres por el respeto a la memoria de una persona cuya vida podría resumirse en dos palabras que

la definen con una precisión certera: trabajo y disciplina. Habrá quienes en esta desperdigada familia –que solo se reúne en sepelios– hagan otra lectura y consideren estas dos características como pruebas del exceso o la inflexibilidad, pero lo cierto es que logró siempre lo que se propuso. Tejió su familia puntada a puntada. Cada pedalazo en su máquina de coser fue un peldaño más en la consolidación de su hogar. Y cada corte, la confección de un hogar que la despidió con tristeza, pero sin dolor el Día de la Santa Cruz.

Murió a las 11:30 de la noche, el 2 de mayo en su casa. Rodeada del amor de su familia inmediata y unos minutos después de algunos atrevidos que nos aventuramos salir del confinamiento. La misma casa que levantó ladrillo a ladrillo en el barrio que rinde homenaje al mayor impostor de la historia de Colombia: Atanasio Girardot. Otros le han dicho cobarde al prócer insigne –que no voló en átomos sino haciéndole bomba la camisa para huir de los españoles–, pero ante la muerte inminente casi todos sucumbimos y nos cagamos del susto. Menos el esposo de mi tía. Es un hombre íntegro que posee dos cualidades maravillosas: sentido del humor y de la justicia. Y eso que es jubilado de la Policía. Está a punto de cumplir 89 años y tiene la fortaleza espiritual de un mozalbete de academia y la presencia física de un hombre veinte años menor. No permitió que a la mujer con la que compartió 62 años de

vida se la llevaran a morir a una clínica, sin su caricia permanente, íngrima, sin el calor de su compañía y la de sus hijos, acaso para engrosar las frías estadísticas de la pandemia. Porque pareciera que ya nadie se muere de otra cosa.

Mi tía y su hermana mayor fueron la avanzada de una familia tolimense que huyó de la Violencia en épocas del bipartidismo que, como la cepa de este virus, ha mutado y sigue afectándonos a todos y llevándose la vida y los derechos de los más desprotegidos. Era corajuda. Recia. Brava. Pensarán ustedes que era de mal genio, pero en un país sin carácter eso suele ocurrir. Aquí decir la verdad es poco menos que un pecado mortal, una condena moral y, a veces, de muerte. La gente valiente no se anda con ambages, ni con mentiras. No era perfecta, claro. Era directa. Y obstinada, una característica que define a todos sus hermanos. Cuando hace poco más de un año despedimos a la abuela –la más obstinada de todas, casi llega al siglo–, mi tía no supo de dolor, ni de llanto, ni de dolores ni remordimientos, duelos o sufrimientos. Para ese momento ya llevaba once años sin conciencia plena y con sus facultades disminuidas por una enfermedad que comienza por embolatar los recuerdos y termina por quitar la vida. Uno de sus cuatro hijos es médico y los otros tres, normales. Es decir, no tan obstinados para estudiar una profesión que combate lo inexorable: la muerte. Y

en unas condiciones tan deplorables como las que han salido a flote.

Alguna vez –siendo yo todavía muy joven– le pregunté qué sintió la primera vez que se le murió un paciente. Y me respondió: “Primo, pregúnteme qué sentí la primera vez que salvé una vida”. Sentí algo de vergüenza. La que me sugería era una pregunta políticamente correcta. Pero la respuesta a la primera es la que quiere saber la mayoría. Creo que una de las razones por las que decidí estudiar periodismo fue para aprender a hacer preguntas. Ahora sé también que deben hacerse en el momento indicado. Buena parte de todas nuestras desgracias radican en no preguntar con fundamentos y conformarnos con respuestas incompletas y verdades a medias que son mentiras totales. Fue mi primo el médico quien me informó de la muerte de mi tía, de su orgullosa mamá. Sí, esa tarea de heraldo de la muerte –para la que apenas hace poco entrenan a los galenos–, la cumplió a cabalidad informando a buena parte de la familia. Luego los celulares y WhatsApp hicieron el resto. Sin abrazos, sin saludo de mano y con todas las medidas del caso, cuando nos vimos le pregunté: ¿Y cuál es el procedimiento ahora, en medio de este encierro?

Aún con su cuerpo tibio, amortajada y con esa serenidad que reflejan en su rostro todas las personas que se han ido de este mundo tranquilas, se debía acatar el protocolo. Llamar a la Policía para que certificara que

el deceso había sido por muerte natural. Bueno, como si alguna muerte no lo fuera. En Colombia es natural incluso que maten gente. Pero digamos que también revisan si hay o no señales de maltrato o violencia. Y claro, si no había sido por coronavirus. Llegaron dos motorizados que además de sus armas de dotación y sus cascos solo llevaban tapabocas. Saludaron, preguntaron, miraron, no tocaron, certificaron y se fueron. Una inspección visual que era evidente. Una mujer de poco más de 80 años. Un médico en la familia que explicó en rigor. Una familia compungida pero tranquila. Después vino la maratón de llamadas para el levantamiento y el proceso con la funeraria que terminó pasadas las 2:00 a.m. y ocurrió al otro día.

Me preguntaba cuántas personas habrían muerto ese día en Cali en condiciones similares. En su casa, como ya casi nadie, como hace muchos años, sin ese privilegio maravilloso. Sin la pretensión absurda de prolongar la vida sin calidad. Sin mayores pretensiones que irse con la tranquilidad de haberse bebido hasta la última gota de vida. Sin el aspaviento de los curiosos, sin las romerías de las salas de velación donde la mayoría cumple con el acto de presencia, sin tinto para todos y congoja para algunos, sin cortejo fúnebre y alquiler de buses para desfile social pero, sobre todo, sin la presencia de quienes tendrán la excusa perfecta para no haberla acompañado en la partida, cuando no estuvieron tampoco en los momentos

postreros. Una familia a la que solo unen los entierros es poco menos que una manada. Mucho menos. Hasta los rituales de la muerte vino a recordarnos y modificar el virus. Las visitas a los enfermos, los procesos de duelo y la dispensa elemental del último adiós. Ninguna entidad tiene la respuesta. Nadie sabe cuántas personas mueren cada día en Cali. Solo el mapa azul de Colombia da cuenta de contagios, muertes y recuperados de Covid-19.

Una pregunta que nadie responde es como una espina de pescado atravesada en la garganta. Y si no la responde Google es como una ballena azul atrapada en las redes sociales. El animal más grande que jamás haya existido preso de unas mallas virtuales que se extienden como plaga. Internet solo arroja datos viejos sobre muertes en Cali y en Colombia, por estos días. Páginas desactualizadas. Cifras contradictorias. Con tanta experiencia y el Estado no ha aprendido a contar muertos. Por ejemplo, a los líderes sociales asesinados. Al parecer el cáncer sigue en la punta y Cochise también, la envidia no da tregua. La tuberculosis tose prudente. La hepatitis B ve. El Sida inmune. El dengue, la malaria y el cólera explayados en zonas costeras. Le pregunté a varios colegas de medios, a profesores universitarios, a historiadores, a estadígrafos, a funcionarios públicos, a mi primo y nadie sabe cuántas personas –como mi tía– se están muriendo de otra cosa que no sea este coronavirus. Debe haber alguna razón

para esta aterradora desinformación que no sea solo la infoxicación mediática que padecemos.

En el cementerio todo fue riguroso y solemne. Distancia física y unión emocional. Personal y familiares conscientes de la situación. A los dolientes de otro finado –borrachos, motorizados y escandalosos–, no les permitieron ni siquiera entrar al camposanto. Quienes se consagran al licor ante una pérdida, satanizan el dolor y desprestigian el amor que dicen sentir. Zumbaron esa tarde un par de ambulancias directo a los crematorios. Sin homilía, sin la perorata de la vida eterna que en su simpleza es no olvidar a quienes amamos y se nos adelantan. Sin familiares, sin la posibilidad que tuvimos en una familia cuya generación primera va yéndose de a poco. Somos lo que somos porque ellos fueron lo que fueron. Y seremos por los que aún son. Ojalá para la próxima inhumación estemos más unidos y humanizados; que se haya superado esta pandemia y ese tozudo distanciamiento producto no del confinamiento obligado sino de la terquedad, la ingratitud, el prejuicio, la falsedad y la soberbia. Para que todos podamos dormir tranquilos, los que nos levantamos a vivir la vida y los que disfrutan del sueño eterno.

LOS MUERTOS ENSEÑAN

“En la tumba solo queda el esqueleto, que no habla, pero dice, toda, toda la verdad”.

RESUMEN—JOHNNY VENTURA

El dedo del corazón de su mano derecha se desliza por el rectángulo del cursor de su portátil, con la misma sutileza y habilidad con la que lo haría sobre esa partecilla de la anatomía femenina, descubierta después que el continente americano y que vigila en lo alto la entrada del vértice goloso. Busca en YouTube otro tema salsero. Le da clic. Suena *Yo soy la muerte*, en la voz de Jerry Rivas de El Gran Combo de Puerto Rico. Sí, lo sé, a usted que le quedó sonando y le hizo clic el dato, parece increíble que en 1492 el clítoris no hubiera sido aún descu-

bierto a pesar de tantos naufragios en ese triángulo de las bermudas. A ella en cambio no le asombra nada. Conoce el cuerpo humano al detalle. Es dueña de un minibar con ínfulas de salsoteca en la Calle 44 con Octava, muy cerca del motel Deseos. En el día es tanatóloga. Arregla cadáveres que le han desordenado el pensamiento y por eso hoy vive y siente la vida mejor, mucho mejor.

Es pequeña pero armoniosa. Su cabello es largo y liso. Negro azabache retinto. Toda su cara es una invitación a la picardía. Siempre sonríe, incluso cuando intenta comunicar asombro, miedo o tristeza. Deben ser sus dientes, que parecen adelantársele a su rostro para llegar de primeros a la retina de su interlocutor. Huele muy bien, comenta un hombre que bebe a sorbos cortos una pálida cerveza extranjera. Ella confiesa que cuando sale de la morgue prácticamente se baña con alcohol. Su loción es suave, deliciosa para el gusto del tipo cuya actitud es la de un capo mexicano que ha logrado su corone. A mí me huele a formol. Puede ser ella. Puede ser él. Puede ser una mala jugada del cerebro tan proclive a las buenas descripciones. Y ella es una maestra sin título de dicha figura.

Entre una y otra solicitud de la clientela, me atiende la entrevista y describe con una precisión quirúrgica su trabajo. El lavado, las disecciones, la “formolizada”, la sacada de la lengua o de los intestinos, el taponamiento de todos los orificios, en fin. Allá se acaba todo, asegura.

“Uno se acostumbra a mucho, pero yo todavía no he podido con dos cosas: la tristeza de preparar a un menor de edad y comer encima de los muerticos”. Y se tapa la nariz y la boca. Y niega con su cabeza. Y la bambolea varias veces. Se reacomoda una pulsera dorada con un crucifijo diminuto en su muñeca derecha, que compite con el montón de pulseras de la mano opuesta, para seguir su relato. “Mirá, papi, que yo no he podido con eso”. De resto, esa vida entre los muertos, la disfruta. De ella vive.

Es una vocación como cualquier otra, asegura sin que se le muevan las pestañas. Mejor dicho, sin parpadear. Nada la ruboriza, aunque en voz baja confiesa que allá se ven unas “cosas”. Ha de ser la distensión total del cuerpo la que logra semejantes maravillas. Todo en la muerte es flacidez y relajamiento. Cero vanidades. Ya nadie mete barriga o levanta cola. Nadie se salta un orificio de la correa o mete más espuma de la normal en la copa del brasier. Nadie repara en un pedo. “Todos los muertos se mean y se cagan”, afirma la melliza y suelta un dato algo científico: “al morir, una de las primeras funciones que el cerebro desconecta es el control de esfínteres”. Fo. Y vuelve a hablar como se conversa en el barrio: “Uno los voltea y prrr... que le aflojan un silbido”.

Se va tomando confianza y mientras suena *Canto a la muerte*, de Rubén Blades; y el dedito busca afanoso *A la memoria del muerto*, de Piper Pimienta Díaz; se me

cruza como ráfaga otra melodía para ambientar el diálogo. Ponete *Resumen*, le sugiero. ¿Quejeso?, me increpa con cara de estupefacción. Un bolero maravilloso de Johnny Ventura. Lo encuentra. Queda en la lista. Una mujer a lo lejos pide a gritos una canción. Después hay un silencio casi sepulcral. Fue solo para tomar impulso y se despacha. “Yo no sé por qué, pero las viejas llenas de silicona huelen horrible”. Intenta explicarme preguntándose si será que ese plástico se les pudre y yo me calló la boca con un trago. Ni idea, respondo luego. Se supone que es un químico incoloro e inodoro, añadido con cierta reserva. “Eso, eso, a inodoro es que huelen”. Y no puedo evitar la carcajada.

Las muertes violentas son violentas, comenta sin sentido del pleonismo porque la segunda acepción en ella atañe a lo increíble. “Los muertos en accidentes de tránsito o a bala o a cuchillo llegan vueltos nada y lo primero es pegarles su buen baño”. Explica que es preciso hacerlo para trabajarlos bien. Ya los forenses han hecho su labor y levantado toda la información posible. *¡Mortui vivos docent!* Los muertos enseñan a los vivos y lo han hecho desde siempre. Acaso a los tanatólogos les enseñen la vulnerabilidad de la vida y lo absurdo de la vanidad. “Pa qué tanto pinche de las viejas si aquí uno las lava con Fab (detergente en polvo) y si se acaba, pues toca con Axion (lavaplatos)”. En su cara hay un asomo de satisfacción que se convierte en desquite. “Y si han sido chismosas o mal

habladas, peor. Aquí se le saca la lengua a todo el mundo. Y todos la tienen bien larga”. Vino luego la explicación detallada de cómo taponan y cosen los dos orificios separados por el perineo. Paso.

Es una mujer a la que su primer trabajo no le ha quitado la alegría, ni las ganas de vivir, salir adelante o disfrutar de la caleñidad y de su salsa. Compensa sus ingresos con los dos trabajos y equilibra su vida al lado de la muerte. Tiene una hermana melliza que habla igualito. Un hombre que la secunda y no quiere que la haga fecunda todavía. Las mesas de su negocito son escasas, pero amplio el deleite y el disfrute de la melodía. Casi siempre va ‘la misma gente’ y no precisamente la orquesta. Suena *Sólo sé que tiene nombre de mujer*, de Ángel Luis Canales. Se pone su mano derecha extendida entre sus pechos. Levanta el brazo izquierdo y chasquea los dedos para advertir a los potenciales parejos. Cierra los ojos. Se contonea. Lleva un short ancho que amplía sus caderas escasas. Baila sola. Debe tener claro que uno necesita de una mujer para nacer, pero de nadie, de absolutamente nadie para decirle adiós a este mundo. Se muere solo y como reza un meme que ha hecho carrera, se lleva solo una muda de ropa y no es uno el que la escoge. ¿Pa’ qué tanto pinche?

EL MONSTRUO POR DENTRO

“Yo no conozco a mis personajes totalmente porque solo he descrito pedazos de su vida, pero hay muchas conexiones entre ellos que apenas estoy descubriendo ahora”.

RUBÉN BLADES

Todos dicen que Nueva York ya no es la misma. Bueno, todos es una exageración. Todos aquellos con los que conversé en español y son latinos que llevan años despabilándose del sueño americano. Además de la pandemia, a la ciudad la cambiaron presidentes como Donald Trump y alcaldes como Rudy Giuliani, que vienen siendo la misma cosa y socios del mismo bufete. Yo que no la conocía la veo igual. Aunque

la mirada de un turista se rige por el asombro y la novedad, lo que se ha visto, escuchado y leído sobre la Capital del mundo, sigue tal cual. Es imponente y avasalladora. Todo es monumental. Sus puentes o sus harlistas tan rosados como barrigones y tatuados, que se creen de 25 y son una mezcla de *peace and love*, cerveza, bigote, cuero y rugido de motores. Los edificios de la ciudad volvieron famoso el término ‘rascacielos’ que hoy araña Dubái. En un mundo de cabezas agachadas y pulgares digitando, Nueva York obliga a mirar hacia arriba. Manhattan es el símbolo de la riqueza, la exageración y el crecimiento vertical y exponencial. Times Square es un derroche de luz y publicidad, una calle tobogán por donde se llega a esa piscina profunda e infinita llamada consumismo. Queens es un resumen de Latinoamérica donde cada país tiene su nicho y cada nación sus espacios de nostalgia. Pedazos de patria, ese intangible que existe gracias a la añoranza que acecha con la familia dejada, la comida de cada cocina y las bebidas espirituosas. Brooklyn es la visión, la ubicación y esplendor.

Como en todo el país, aquí todo está diseñado para comprar y gastar. Hay mucho trabajo y mucho desperdicio. Mucho reciclaje también. La ciudad hierve y el vapor sale por las alcantarillas como si un monstruo fumara en sus entrañas. Hay otra ciudad debajo de la ciudad. Si Venecia en Italia huele a cañería, Cartagena de Indias a orines y el

D.F. en México a grasa, Nueva York huele a bareta. Por todos lados y a toda hora gente, de todos los colores y edades fuma marihuana. Es el nuevo juguete y el viejo vicio recién aprobado. Nada que envidiarle a cualquier barrio caleño o de cualquier ciudad o pueblo en Colombia. Solo que aquí no es ilegal. En las calles, en los parques, en las esquinas, afuera del Madame Tussauds o al frente del Hilton, en la parte exterior de la Gran Estación o del Museo de Arte Moderno, en la Roosevelt o en la Northern Boulevard, en Long Island o en Brooklyn, en el Bronx –donde ya olía–, en Harlem, en Chinatown, en Little Italy, huele a mofeta. Ese olor terroso y penetrante de este cáñamo salvaje cuyo aroma puede durar 90 días impregnado en el cabello, 30 en la orina y 48 horas en la saliva y en la sangre. Indigentes pululan. También alcohólicos. Como en cualquier andén del Tercer Mundo aquí también hay pobreza, marginalidad y olvido. El Estado subvenciona y los vagos lo saben. La pandemia llegó con ayudas y ahora muchos quieren vivir solo del auxilio.

Lo de siempre es lo de siempre. Libertad y gente extraña. Mucho loco sin costal y perfumado. Una pareja de gais sesentones caminan uno detrás del otro con una ropita entre ridícula y extravagante, como recién salidos de una boutique para payasos. Un zapatero ecuatoriano arregla calzado gigante a abogados millonarios en el sector de las Altas Cortes. Una familia mexicana de ocho integrantes

camina por Times Square con sombreros de fieltro en clara señal de identificación en caso de extravío. Dos mozalbetes orientales recorren el puente de Brooklyn tomados de la mano y vestidos de forma idéntica. Dos muchachas colombianas con sus cuerpos cubiertos solo con pintura venden fotos a hombres y mujeres que quieren detallar si la bandera de sus senos ondea o es solo una ilusión óptica. Un mexicano casi enano revisa su celular con paciencia, está vestido con el traje de El Chapulín Colorado. Su esposa es Blancanieves. Hay otros muñecos de Disney cobrando por acompañar fotografías. El Bronx hace presencia con sus raperos cuyo espectáculo dancístico se mezcla con ese humor de stand up comedy que se burla del público que llena sus gorras de dólares. Hasta en la Quinta Avenida hay rubios arrumados en el piso por las drogas, consumiendo a la vista de todos y con sus harapos, en contraste con las grandes marcas y diseñadores del mundo.

Aunque toda Nueva York impresiona, el lugar donde quedaban las Torres Gemelas, el nuevo World Trade Center, es sobrecogedor. Es la piedra angular de la reconstrucción de la zona que en breve cumplirá 20 años de haberse hecho trizas por cuenta de alguna mente enferma. Los sistemas de seguridad humana en todos los aspectos superan todos los códigos de Nueva York. A pesar del barullo de la ciudad allí hay un silencio casi sepulcral. El nuevo edificio es un grito de imponencia,

hasta de soberbia. Algo digno de admiración. Una mezcla de modernidad e historia. De superación e imperio. Las Torres duraron 28 años, 4 meses y 7 días en pie, pero sin duda el monumento, el Parque Memorial, puede anhelar la eternidad. En sus extremos hay dos grandes fosos con un fondo que parece infinito, donde el sonido del agua retumba mientras en el contorno de la inmensa depresión hueca se leen los nombres de todas las víctimas del 9-11. Dos ardillitas juegan y trepan uno de los árboles del lugar. Son muchos, pero ese es el único que sobrevivió a los atentados. Se le rinde culto. Más que cuidarlo es una especie de tótem, de monumento natural a la vida y a la salvación. Nadie puede tocarlo. El museo es el escenario para que no se repita la historia. Una evocación de la tragedia que se recorre con escalofrío. Sea como haya sido, debió de ser terrible ver ese par de íconos de acero y poderío comercial derriéndose como mantequilla al calor de hectolitros de combustible para avión. La Estación del tren allí no hace más que confirmar la magnificencia del lugar. Una mole de mármol blanco pensada para impresionar y ratificar que lo funcional también puede ser bello.

Pero lo mío nunca ha sido la belleza, es cierto. He debido ofrecer ante el espejo un espectáculo cada vez más deplorable. Pero lo de Bogotá a Miami (antes de Charlotte-Nueva York) fue espantoso. Si yo era uno de los más agraciados calcule usted el nivel de 'feura' de un

viaje sacado como del averno. Una fila de tres horas y nada estético para la vista. Pero como Dios sabe cómo hace sus cosas, luego de eternas horas de filas aquí y allá, bajó como del cielo un equipo de jugadoras argentinas, no tengo idea de qué. Unos mujeronos del planeta hermosura. La más bajita me sacaba sin empinarse una cabeza sobrada. Y la menos linda era más bonita que todas las novias de mi vida juntas. Mirarlas era un éxtasis apenas comparable con alguna genialidad Maradoniana. El entrenador era un ‘bobolito’ sobre el que todas ellas orbitaban. Pero había una especialmente excelsa. Tenía tatuado un delfín en el tobillo izquierdo. Qué digo tobillo, en el extremo sur de esa pierna que cual cordillera se erguía imponente en la Patagonia de esos Andes majestuosos. Y la cara. Por Dios, si era el rostro de la santísima... tampoco, no creo que fuera virgen, pero cómo se le parecía. Me vio mirándola y me regaló una limosna de su sonrisa. Una migaja de su lindeza. Traté de recordar alguna línea del cuento de Gabo, El avión de la bella durmiente, para decirle algo, pero además de bella era astuta y previendo que le hablaría se puso los audífonos, echó su cabeza hacia atrás y su volátil falda color guayaba dejó ver un par de muslos más tersos que todos los cutis analizados en la fila del aeropuerto El Dorado. No sé cómo, pero me dormí.

Ya en Charlotte, Carolina del Norte, caminé con mis piernas escuálidas e insignificantes al lado de ella un

instante eterno. ¿Lo leíste?, preguntó. Yo balbuceé. Un mortal nunca está preparado para que una divinidad le hable así no más. No todo, le respondí, con una cara de estúpido inigualable. Es magnífico, sentenció. Era un libro de Gay Talese que yo llevaba en las manos y vaticinaba el momento: *Retratos y encuentros*. Leer despista el miedo, sin duda. Pedirle una foto, pero a son de qué. No supe qué jugaba. Por la faldita, podía ser tenis. Por la estatura, baloncesto. Por las piernas, halterofilia. Por toda ella, tiro. ¿Has leído a Caparrós? me disparó. Sí, claro, me encanta. Y me despaché un listado de autores argentinos de crónica latinoamericana que recité ya casi sin aire. Cada tranco de esta Amazona era la zancada de una gacela altiva y burlona ante el viejo y famélico felino que la acechaba. ¿Vives en Miami?

¡Y yo sin recuperarme de la pregunta anterior! Pensé en mentirle. Reaccioné. Soy colombiano. Y cuando me iba a despachar una presentación más formal se despidió. Chao. Me dijo su nombre y tomó otro pasillo. Yo la vi alejarse como se escapa una ilusión. Era pecosa, como si Dios hubiera estornudado macadamia sobre ella con delicadeza. Puntitos casi imperceptibles. Pero sus ojos, sus ojos eran dos puntos verdes para ratificar la esperanzadora profundidad de su belleza.

Era cuestión de esperar la escala a Nueva York. El viaje ya había valido la pena. No cruza una palabra

todos los días con la mujer que puede torcerle el destino a cualquier mortal. Me senté a descansar y a pensar en semejante advocación. Y comenzó ante mis ojos un desfile de gente descomunal. Gringos gigantones de cuyo brazo tatuado podían salir tres niños etíopes. Gente rara. Muy grande. Más grande que ella. Mucho más, pero nadie tan bella. Personas sin sentido de lo estético o el recato. En bermudas y en chanclas. En sudadera. En pantaloneta. Descomplicadas. Descualquieradas. Sin pretensiones de lindura. Libres. Felices. Sin en el qué dirán como estandarte. Suelos de prejuicios. Zafados de la vanidad. Obesos o flácidos.

Rubios o rosáceos. Homosexuales. Todos van para delante. Nadie atisba al del lado. No hay morbo. Tampoco murmullo. Se habla y se ríe en voz alta. Se engulle comida y se bebe cerveza sin reparo. Pasa un rasta de agua dulce. Y lo siguen dos chinos en safari. Unos jamaquinos. Tres albinos no sé de dónde. Una familia mexicana con sombreros tejanos (sí, los mismos de Times Square). Y de repente, pasa ella. Sí, otra vez ella. La divinidad albiceleste. Me levanta las cejas y me tira otra moneda. Ustedes ya saben, otra sonrisa. No fue una estrella fugaz. Más bien una aurora boreal indestructible.

Solo una mujer de las que vi en Nueva York logró quitarle la corona. Se le arrimó bastante Nathalia, la barrista de una discoteca en Queens. Una mujer con una espalda

tan ancha como negro y liso su cabello. Es de Armenia, Quindío, pero parece Sioux, una Pocahontas preciosa con unos brazos enormes y unas piernas formidables. Tampoco la mujer rubia de Manhattan que debe sumergirse días enteros en Chanel Number 5 para dejar esa estela sublime a su paso, esa esencia de mujer bonita que esparcía con su florido vestido de seda y sus sandalias almendras, sutiles y tenues. Ni la hermosura negra que casi no cabía en su enterizo ceñido, por la callejuela peatonal del puente de Brooklyn. O las agraciadas europeas del Ferry, la paraguaya de Starbucks, las españolas del museo, la polaca del Central Park que me hizo evocar a su santidad Karol Wojtyła. Solo una destronó a Laura, la divinidad argentina. La mujer por la que vale la pena la vida: la libertad. Sí, la Estatua de la Libertad. Aquí todos son esclavos del trabajo y el consumo, pero le rinden tributo. Y este todos es real, literal y total. Ir a Nueva York es recordar a José Martí. Es conocer el monstruo por dentro.

LOLA : AMORES Y DOLORS

Mi pueblo se llama San Antonio Abad del Páramo de Nuestra Señora de los Dolores, pero todos le decimos Dolores. Así, a secas, de puro cariño, para evitar la fatiga. Yo también me llamo Dolores y en la casa me dicen Dolly. Es nombre de viejita, dice mi hermano mayor; y de oveja clonada, dice mi hermanito menor. Y como se puede leer en el extenso –y no menos desconocido– nombre de mi pueblo, está consagrado a un santo egipcio que lo dejó todo por irse a predicar al desierto y a combatir las tentaciones del demonio –y como estipendio moral hoy es el santo de las mascotas, qué ingratitud por Dios–; y consagrado a una pobre virgen que entre todas las advocaciones es la más abnegada de todas ellas, pues padece lo indecible ante el

sentimiento de dolor que una madre puede profesar por el sufrimiento de su hijo. Le dicen la Dolorosa o de las Angustias o de la Amargura... en fin. Yo ni santa ni virgen, pero eso sí, chupadora como la que más.

El fin de semana que acaba de pasar fueron las fiestas de San Pedro allá en el “pueblito de mis amores” –cantó el poeta, compositor y empresario de la música, el dolorense Fabio Polanco– y nadie se acordó ni del santo ni de la virgen. Ni del poeta. Es más, me atrevería a decir que absolutamente nadie actuó este fin de semana allá como un santo y, menos, como una virgen. Sí como poetas, borrachos, pero al fin y al cabo poetas. Me aventé unos tragos, que me salieron caros. Pero tranquilos, la idea no es aventar a nadie sino intentar comunicar algo de lo que significan estas fiestas para alguien nacida en las otrora tierras del Tolima Grande. Comencé suave y terminé carnavaleda. Algo de frío hubo, en las noches, pero nada cercano a los glaciares del Nevado. Solo vientos gélidos de los superados páramos sanjuaneros y las siempre renovadas calderas de esta especie de carnaval.

Nada que el aguardiente Tapa Roja en sus tres colores –rojo, verde y azul, porque los negocios son los negocios y hay que bajarle al azúcar para subirle al consumo– no apacigüe un poco. En Dolores se bebe como televisor viejo: ¡sin control! Según la Industria de Licores del departamento, es el municipio con el más alto consumo per

cápita de aguardiente del Tolima y yo apporto una cuota importante. El lema pareciera ser el dicho de un amigo entrañable cuando está algo copetón y entrado en gastos: “Bebamos que adonde nos van enterrar no hay agua”. Yo ya no estoy para aprender, sino para olvidar –le digo–; pero esa frase me supera. La bebida corre a raudales y al trago se suma la cerveza nacional como pasante y todos los licores posibles como símbolo de cierto estatus. Todos me invitan, pero el único que quisiera no me lanza ni un escupitajo.

No faltan el whiskey, el tequila, el ron con cola, algún vodka con juguito de naranja y las cervezas importadas, para demostrar algo de poder adquisitivo, así sea solo un festival de apariencias. Obviamente, también fluye el autóctono aguardiente Chucho, con toda su variedad de cocteles. Ese sí, para demostrar berraquera y apego por el terruño. La vaina comienza con el Día del Tamal y se acaba con el lunes de remate, cuando todas mis presas están más agotadas que las achiras, el queso asado y todas las cucas batidas, en la plaza de mercado. Seguro habrá un par de vírgenes menos y un buen número de crucificados que se equivocaron de semana y se creyeron que era la de la Pasión del Señor.

Las fiestas de San Pedro –Saint Peter, le dicen algunos avezados haciéndose los chistosos– no son solo un espacio de reencuentro con la familia, los amigos y los coterráneos,

sino un reencuentro consigo mismo, con el pasado propio que nos conforma y nos confronta allende las fronteras del pueblo, con las prácticas culturales pueblerinas enraizadas en lo más profundo de la ancestralidad, el territorio y el ser. Por eso no me las pierdo. Allí se funde todo lo que somos, porque fuimos interculturales en el pasado remoto y algo reciente; y somos y seremos multiculturales y más, desde las ciudades donde cada uno habita un espacio, pero de alguna manera vive en la nostalgia. Todos sabemos que el corazón está donde está la memoria –a donde va esta cuando soñamos despiertos–, que vivimos el presente y habitamos donde están los buenos recuerdos, la infancia y aquellos momentos que se le confiesan solo a la almohada en las terribles noches de insomnio. Él por fin me miró, pero yo estaba más allá de la beodez y en los brazos de mi amante: una mujer que me dice Lola.

De modo pues que en las fiestas cada quien se pone su máscara para salir a disfrutar de todo aquello que la sociedad permite en estos días de carnaval. Y esas máscaras por supuesto ya no son literales, ahora son sombreros, ponchos, ropa para la ocasión, maquillaje y todos los atavíos e indumentarias que el infierno grande del pueblo chico deja hacer para ser. Todos bailan y cantan. Las reinas lanzan dulces y besos. Los cantantes repiten una y otra vez el par de canciones que la gente ha convertido en himnos. Hay risa y también llanto, todas las emociones

juntas desde las empolvadas alboradas mañaneras, hasta las noches intermitentes e interminables, donde vuelve a comenzar el ciclo de no querer perderse nada y vencer el tiempo, el sueño y el cansancio.

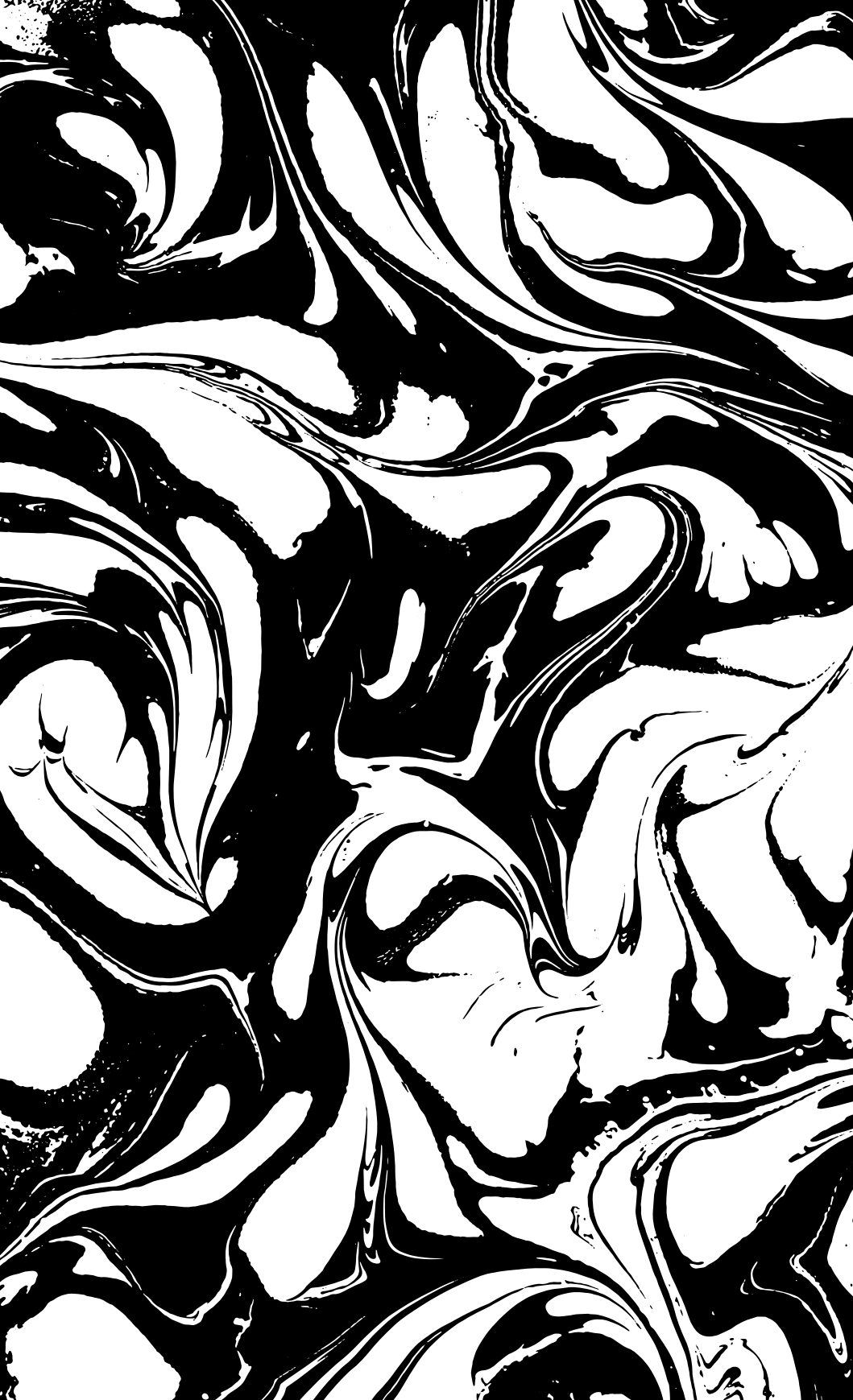
Nadie quiere que le ocurra lo acontecido a San Juan, que se perdió su propio cumpleaños el 24 de junio porque lo celebró un día antes con todos los fierros y se despertó cuatro días después –el día de San Pedro– más arrepentido que el que no hace lo que debe, cuando toca hacer lo que toca. Como yo, que ya no sé si el amor está en otra media naranja o en la mitad de un limón. Con estas fiestas del santoral católico se le rinde culto a nadie menos que al bautista de Jesús y al primer apóstol que reconoció en él al Mesías. Pero como ocurre en Navidad, en medio de las fiestas de lo que menos se acuerda el pueblo es de la Iglesia o del apostolado, porque es el diablo el encargado del jolgorio y la barahúnda, de las bebidas espirituosas y de la carne, del aprovechamiento de cada segundo como si fuera el último. En suma, de la vida que no se vive y se escapa mientras se sobrevive en la cotidianidad del trabajo y las responsabilidades que impone la modernidad en la ciudad.

Las fiestas de mi pueblo son la esencia cultural de cientos de rincones de Colombia, donde retornar es sinónimo de pertenecer y no simplemente de volver, porque no se habita un país sino un terruño, ni siquiera un territorio. Un espacio que, si bien es geográfico, tiene sus coordenadas

en el alma. En el espíritu turbio que se vuelve cristalino cuando se lava con buen aguardiente. Las raíces culturales están entreveradas y emergen en estos pocos días donde todas las personas están dispuestas a las tentaciones del demonio –o de las diabras, en mi caso–, a los excesos permitidos, a la lujuria como acto libertario representado en el baile, incluso a la gula. Porque los tamales y las lechonas, los caldos especiales y todas las frituras y delicias de nuestra gastronomía tolimense, alimentan algo más que la barriga, llenan el espíritu y la nostalgia, que sin duda alguna nace en la cocina.

Que ha habido mejores, sí. Que faltó organización, sí. Que se dinamiza la economía del pueblo, sí. Que quienes las viven, son quienes las gozan, sí. Que quedan toneladas de basura, chismes, botellas y personas desocupadas, también. Pero tal vez lo más importante, es que el pueblo ha avanzado como sociedad, pues hace unos años las peleas, los heridos e incluso los muertos, eran un sello indeleble visto como la calidad de las fiestas. Eran buenas si había bonches y peloterías. Yo no vi riñas, pero sí niñas fungiendo de reinas. No vi reyertas entre machos, pero sí muchos muchachos jugando a mayores. No vi trifulcas, a pesar de las montoneras en los conciertos. Yo vi mucha gente feliz en estas carnestolendas. Las fiestas populares son un verdadero museo de lo vivo de nuestra cultura que se levanta cada año y muere para nacer al siguiente con la

misma ilusión y algarabía. Eso que incluso en medio de la muerte sigue siendo vida, no puede dejarse, ni abandonarse, ni olvidarse nunca. Una persona sensata no renuncia jamás a su esencia. Fue lo último que de verdad sentí y vi en mi vida que se reduce ahora a casi nada. En la noche de remate, una bala perdida en medio del sonido de los fuegos pirotécnicos, me entró cerca de la sien y, aunque no me mató, me dejó ciega y sin gusto ni olfato. ¡Para qué más dolores!





Quince cuentos con fundamento periodístico basados en la crónica de hechos reales con el ingrediente literario que los complementa en la tarea de narrar. Un ejercicio de escritura creativa a partir de hechos o sucesos acontecidos donde lo real parece inverosímil y la ficción se acomoda en los estándares de la realidad para hacer que lo increíble se torne convencional y lo cotidiano adquiera ribetes de extraordinaria casualidad. Cada uno de ellos es un juego deliberado pero calculado entre lo que ocurrió y lo que pudo imaginarse para confirmar una vez que la realidad no es más que otra posibilidad.

ISBN: 978-958-619-233-0



9 789586 192330